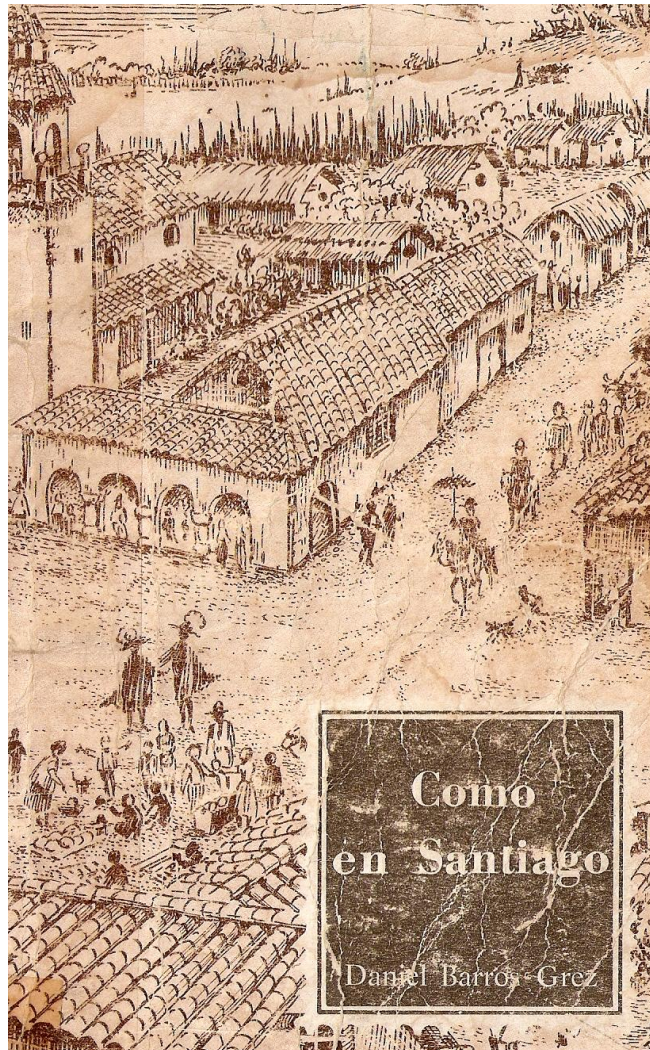


Como en Santiago Obra Dramática



DANIEL BARROS GREZ

COMÓ EN SANTIAGO

Daniel Barros Grez

(Comedia de costumbres, en tres actos)

La escena pasa en una ciudad de provincia en casa de don Victoriano. El lugar de la acción es una sala modestamente amoblada, con dos puertas laterales y una puerta y una ventana en el fondo, que dan a un patio exterior.

ACTO PRIMERO

Escena 1

Inés.— (Entretenida en su costura canta una canción de la época).

Escena II. (Inés, doña Ruperta)

Ruperta.— ¡Inés! ¿Qué bulla es ésa?

Inés.— Cantaba, tía, para entretenerme y hacer menos pesado mi trabajo.

Ruperta.— ¡Sí! Pero debieras tener presente que tu prima está durmiendo.

Inés.— Como ya es tarde, creía que Dorotea se hubiera levantado.

Ruperta.— ¿Y cómo piensas, inconsiderada muchacha, que una niña tan delicada y tan nerviosa como mi hija, haya de levantarse antes de las once del día? ¿Has olvidado que estuvimos anoche en el baile con que este pueblo festejó a nuestro simpático diputado?

Inés.— Pues, por eso mismo, tía mía, por lo mismo que Dorotea es débil y enfermiza, no debería recogerse tarde!

Ruperta.— ¿Qué dices?

Inés.— Que acostándose temprano, podría Dorotea también levantarse temprano..

Ruperta.— ¿Y quién te mete a ti venir con reglas sobre lo que no entiendes? ¿Qué sabes tú de bailes y de recogidas temprano o tarde?

Inés.— Nada sé de eso, tía; pero.

Ruperta.— ¡Sabe que mi hija se levanta a la hora que le da la gana, porque es rica, y tiene con qué darse gusto!

Inés.— Pero, tía, cálmese Ud.; yo no he dicho eso sino porque...

Ruperta.— ¡No faltaba más sino que tú vinieras a enseñarme a mí las reglas del buen tono; a mí que he nacido, que he crecido en Santiago, y que crío y educo a mi hija como conviene a una persona de su clase! ¿Te parece que en Santiago se va a un baile a prima noche para recogerse a horas de cenar? ¡Pobre muchacha provinciana! Venir a enseñarme estas cosas a mí, que acabo de hablar con él. . . Si tú lo hubieras oído hablar anoche, habrías comprendido...

Inés.— ¿A quién, tía?

Ruperta.— ¿A quién ha de ser sino a nuestro simpático diputado, don Faustino Quintalegre, que anoche estuvo divino?

Inés.— ¡Ah!

Ruperta.— ¡Qué talento de hombre! ¡Qué maneras tan distinguidas, qué aire tan cortesano, qué movimientos tan elegantes, y sobre todo, qué galán con las niñas! No se separó en toda la noche de Dorotea, y bailó ocho veces con ella.

Inés.— ¡Ocho veces!

Ruperta.— Sí, sí; ocho veces. Las llevé en cuenta, con las cuentas de mi rosario.

Inés.— Todo eso podrá ser, tía; pero, ¿quiere que le diga una cosa?

Ruperta.— ¡Habla!

Inés.— Es que Ud. le está metiendo a mi prima mucho más bulla que yo.

Ruperta.— Es verdad que como tengo una voz tan vibrante, según me lo dijo anoche Faustino... ¿Sabes tú lo que significa esta palabra vibrante? El también me lo explicó... ¡Ah! Voy a ver si esa pobrecita duerme. Es tan nerviosa como yo cuando tenía su edad. (Vase)

Escena III. INES (llorando)

Inés.— ¡Ah! ¡Pobreza! ¿Quién no te debe su desdicha? ¡Madre mía! Cuando al morir me entregaste a mi buen tío don Victoriano, creíste haberme dado un padre y moriste tranquila. - No me quejo de mi tío; pero su mujer. . . ¿Por qué se te parece tan poco, madre mía? ¡Ah! ¡Si tú vivieras; si yo pudiera abrazarte como en tiempos más felices, yo te diría: madre mía, amo a un hombre, y ese hombre se casará bien pronto con mi prima! Y tú ¡llorarías conmigo; y tus caricias consolarían mi pobre corazón, mientras que ahora. . . (Se pone la cabeza entre las manos, con muestras del más profundo dolor

Escena IV. INES, DOROTEA. (Vestida fantásticamente)

Dorotea.— ¡Inés, Inés! ¡Qué desgracia la mía! Yo quisiera llorar, pero no puedo.

Inés.— ¿Qué tienes, Dorotea?

Dorotea.— Mis lágrimas se resisten...

Inés.— Pero dime, ¿qué es lo que te pasa? Dorotea.— Y la frialdad con que me lo preguntas! (Aparte: Estas almas vulgares no saben sentir). ¿No echas de ver por mi semblante el profundo dolor que me abrumba?

Inés.— Pero yo quisiera saber.

Dorotea.— ¡Ah! Si el cielo te hubiera dotado de mi exquisita sensibilidad, habrías adivinado en mis ojos, y hasta en la inflexión de mi voz, este cruel dolor que me atormenta. Pero te lo diré, ya que es necesario. ¿Te acuerdas del peinador de cuerpo entero que mi papá me encargó a Santiago?

Inés.— Sí, me acuerdo.

Dorotea.— Pues bien, cuando esperábamos que había de llegar en estos días, recibió anoche mi papá una carta, en la cual le dicen que la carreta que lo traía se ha quebrado en el camino.

Inés.— ¿Y no es más que eso, Dorotea?

Dorotea.— ¿Y te parece poco, Inés. el encontrarme sin peinador, ahora que tanto lo necesito? ¡Ah, si tuvieras mi sensibilidad, me comprenderías! ¡Mi peinador de cuerpo entero!(llora.)

Inés.— Cálmate, prima mía. Si ese espejo se ha quebrado, mi tío te encargará otro.

Dorotea.— (Con un imperioso movimiento de maña antojadiza). Es que yo lo necesito ahora, porque es preciso que le parezca bien... Y ¿cómo puedo parecerle bien, si no puedo vestirme ni adornarme con exquisita elegancia? ¡compadécete Inés, de mi desgracia!

Inés.— No te aflijas, Dorotea.

Dorotea.— Véome obligada a vestirme delante de un espejito de estos que no parece sino que se están riendo de una, pues, en vez del retrato, se ve allí la caricatura. ¡Oh, es un martirio horrible. . !. ¿Cómo he de poder presentarme ante mi pretendiente?

Inés.— ¡Pero, Dorotea, oye por Dios! Tu amante es un joven que te ama, no por los adornos postizos de tu cuerpo, sino por las cualidades de tu alma.

Dorotea.— ¡Es que tú no lo conoces, Inés! No hay un hombre más apasionado por la belleza que él; y tiene un alma tan sensible, que hasta un lazo de cinta mal colocado le da mal de nervios. El mismo me lo dijo anoche. Figúrate que, estando para casarse en Santiago...

Inés.— ¿El?

Dorotea.— Oye. Al tiempo de ponerle las bendiciones, notó que la novia llevaba guantes de color patito, por lo cual dijo redondamente no, y dejó a la tal novia plantada, delante de todos sus parientes.

Inés.— ¡Dios mío! ¿Estoy soñando?

Dorotea.— Para que aprenda a manejarse como debe. . . Así sería ella de ignorante.

Inés.— ¡Pero eso es increíble, Dorotea!

Dorotea.— Y, sin embargo, nada es más natural. Si tú estuvieses dotada de mi delicadeza de sentimientos, comprenderías la enormidad de aquella falta. ¿Cómo crees que un hombre de corazón se case con una mujer que, en el acto más serio e importante de la vida, se atreve a presentarse con guantes color patito? ¡Esa mujer no sabe amar!

Inés.— Si eso fuera cierto, creería que Silverio estaba loco, cuando...

Dorotea.— ¡Silverio! ¡Ja, ja, jaa! ¿Tú crees que te hablo de Silverio?

Inés.— Así lo pensaba, Dorotea. ¿No es Silverio el amante preferido por tu corazón, y al cual tus padres te tienen prometida por esposa?

Dorotea.— Es verdad que existe ese compromiso; pero he comprendido al fin que mi corazón no podrá nunca amar a un hombre tan vulgar como Silverio...

Inés.— ¡Ah! (Aparte: ¿Será verdad?).

Dorotea.— Bien claro se lo demostré anoche. Inés.— Y entonces, ¿quién es?

Dorotea.— ¿El rival favorecido? Es Faustino Quintalegre, el héroe del baile de anoche.

Inés.— ¿Ese caballero recién llegado de San-

Dorotea.— El mismo, Inés, el mismo. No me dejó en toda la noche. ¡Qué joven de tanto talento! ¡Por eso el gobierno lo mandó elegir diputado por este pueblo! ¡Qué amabilidad! Bailó conmigo ocho veces, por lo cual todas me miraban con envidia. Yo creo, Inés, que será un marido modelo, porque viste como un figurín; habla y baila como figurín... Mira tú si una mujer de mis sentimientos no gozará a lado de un hombre tan fino, tan delicado...

Inés.— Y tan figurín.

Dorotea.— ¡Así es! ¿No es verdad, mamá?

Escena V. (Dichos y doña RUPERTA)

Ruperta.— Dices bien, hijita. ¿Qué era lo que decías?

Dorotea.— Le estaba contando a Inés mi conquista de anoche.

Inés.— Pero, ¿cómo has podido adelantar tanto, Dorotea, en una sola noche?

Dorotea.— Es que un joven como Faustino hace en una sola noche lo que otros en un año; porque no creas tú que él me hablaba así como suelen hacerlo los mozos de provincia, que se andan por las ramas, y que es necesario que una los ayude. ¡No, no! Me hablaba como en Santiago, clarito como el agua, pues es joven educado y que sabe decir las cosas con una claridad encantadora; y aunque una se defiende, él porfía sin descanso, hasta que la hace decir a una todo lo que él quiere. En el segundo baile, ya yo le había correspondido, sin quererlo, a sus apretoncitos de mano, dados, eso sí, con la más exquisita delicadeza. En el tercero me hizo suspirar más de dos veces; en el cuarto tuve que mirarlo fijamente, para reprocharle su atrevimiento; pero no acabó el quinto sin que yo hubiese vuelto a mirarlo para manifestarle mi desenojo. ¿Para qué he de decir más sino que en el sexto, me arrancó más de cinco sies, y que antes de llegar al octavo, nos habíamos jurado un amor eterno?

Inés.— No se puede negar que el negocio marchó algo de prisa.

Dorotea.— Al vapor, niña, al vapor, como sucede en Santiago. Allá se marcha al vapor en asuntos amorosos. Con decirte que si un matrimonio no se realiza en un mes, contado desde la primera conversación de los amantes, ya se pone aquello fiambre y de mal gusto!

Ruperta.— Asimismo es; y hay matrimonios que en una sola noche de baile se arman, se desarman; pelean los novios, vuelven a reconciliarse y se casan al otro día...

Dorotea.— No importa. Así es como una mujer ha gozado en una semana una vida entera de ilusiones.

Inés.— No comprendo, Dorotea, cómo es que..

Ruperta.— No te admires, Inés; ésas son maneras de la alta sociedad, que tú no sabes, porque no has estado en Santiago.

Dorotea.— No se canse en balde, mamá. No todas las almas tienen las mismas tendencias. Inés piensa de un modo y yo de otro; y no puede ser de otra manera, porque las dos tenemos diversa 'manera de pensar. Esto es

claro. Yo he nacido para la alta sociedad; un marido de provincia me mataría, y desde anoche sueño con los paseos, bailes y tertulias de Santiago. Mi alma estaba aletargada, cuando creía amar a Silverio, quien jamás me ha expresado su pasión con aquel fuego, aquella gracia, aquel sentimiento, en fin, de Faustino Quintalegre.

Ruperta.— Es que Faustino te dice eso como se dice en la capital.

Dorotea.— Así es que estoy resuelta a no acordarme más de Silverio.

Inés.— ¿Y tu palabra empeñada? ¿Y el amor que le has jurado a ese mozo?

Dorotea.— ¿Y crees tú, pobre Inés, que una mujer que empeña hoy su palabra, ha perdido la libertad de desempeñarla mañana..

Ruperta.— ¡Eso sí que no! La mujer tiene derechos inalienables, y el más santo de todos esos derechos es el de anular mil síes con un solo no.

Dorotea.— Sobre todo, cuando a ello nos obliga este tirano que llevamos dentro del pecho.

Ruperta.— Tales son las leyes que rigen a! gran mundo.

Dorotea.— Así me lo explicó Faustino anoche. Hablando con él, me parecía estar en Santiago. Ya se ve. El también me dijo que yo era una verdadera santiaguina. Inés.— Y si mi tío quisiera obligarte a que le cumplieses la palabra dada a Silverio?

Ruperta.— ¡No la obligaré, porque aquí estoy yo!

Dorotea.— ¡Ah! Si mi papá fuera tan cruel que me obligara a casarme con un hombre que no sabe ponerse la corbata, me moriría.

Ruperta.— No te aflijas, hija mía. ¡No te casarás con él!

Dorotea.— Figúrate, Inés, que anoche se atrevió Silverio a ir al baile con corbata de color! Pero ahora que me acuerdo, ¿qué te parece mi peinado? Mírame bien el vestido por detrás. ¿Hace bulto elegante y de gusto? ¡Es una verdadera desgracia que no haya llegado mi espejo de cuerpo entero!

Inés.— (Examinando el vestido). Si he de decirte la verdad, Dorotea, a mí me parece exagerado este bulto.

Dorotea.— ¿Qué llamas tú exagerado, cuando este vestido ha sido hecho en Santiago por la modista recién llegada de París? Pero alguien viene.

Ruperta.— Esa es la voz de Victoriano, que ha ido por mi orden a visitar a nuestro diputado.

Dorotea.— Bien hecho, mamá. Voy a preguntarle a mi papá qué le ha parecido. (Va hacia la puerta del fondo y vuelve corriendo.) ¡Mamá, mamá! ¡Mi papá viene con él!

Ruperta.— ¿Con Quintalegre?

Dorotea.— (Hace señas de que sí, como embargada por la emoción).

Ruperta.— ¿Quién sabe si en Santiago se usa ahora venirse con el visitante, para pagarle, a renglón seguido, la visita?

Dorotea.— ¡Preciosa moda! Pero salgamos. La emoción debe haberme puesto colorada, y no debo presentarme a él con este color tan provinciano... ¡Se muere por las mujeres pálidas, mamá!

Ruperta.— Pues, entonces, ven acá a ponerte los polvos de arroz.

Dorotea.— Ven, Inés, a ayudarme a inflar un poco más el vestido...

Inés.— Pero, ¿no estás ya bastante inflada?

Dorotea.— ¡Todavía no, Inés! ¡Ven pronto! (Vase con doña Ruperta)

Escena VI. (Inés)

Inés.— ¡Qué par de locas! Me han dado ganas de conocer al galán, y este plumero me servirá de pretexto. (Coge un plumero, y se pone a sacudir las mesas, manifestando distracción.)

Escena VII. (Inés, don Victoriano, Faustino)

Victoriano.— (En la puerta). Porque como yo soy municipal. . . ¡Señor don Faustino, entre Ud.!

Faustino.— Sírvase Ud. pasar, señor don Victoriano.

Victoriano.— No lo permitiré de ningún modo! ¡Pase Ud.!(Entra Faustino). Porque como yo soy municipal...

Inés, ve a decir a la Ruperta que una visita la espera aquí.

Inés.— (Hace una cortesía a Faustino). Voy usa ahora venirse con el visitante, para pagarle, a renglón seguido, la visita?

Dorotea.— ¡Preciosa moda! Pero salgamos. La emoción debe haberme puesto colorada, y no debo presentarme a él con este color tan provinciano... ¡Se muere por las mujeres pálidas, mamá!

Ruperta.— Pues, entonces, ven acá a ponerte los polvos de arroz.

Dorotea.— Ven, Inés, a ayudarme a inflar un poco más el vestido...

Inés.— Pero, ¿no estás ya bastante inflada?

Dorotea.— ¡Todavía no, Inés! ¡Ven pronto! (Vase con doña Ruperta)

allá al momento. (Aparte: parece un títere el señor diputado del gobierno.) (Vase.)

Escena VIII. (Dichos, menos Inés)

Victoriano.— Porque como yo soy municipal... Siéntese Ud., señor.

Faustino.— (Sentándose). Gracias. ¿ Decía Ud.? Victoriano.— Decía que, como yo soy municipal, estuve toda ja noche ocupado en el Cabildo, y me fue imposible asistir al baile. Pero la Ruperta me encargó encarecidamente esta mañana que fuese a hacerle a Ud. la visita de cumplimiento.

Faustino.— Y por eso no he querido tardar en venir a dar las gracias a tan cumplida y amable señora.

Victoriano.— En cuanto a eso, es la mujer más cumplida del mundo; vive pendiente de la moda, y no se le escapa un ápice de las reglas de la etiqueta. ¡Ya se ve! Criada y nacida en Santiago.

Faustino.— Eso se conoce a la distancia.

Victoriano.— ¡Ud. la tratará cerca y verá qué cabeza aquélla! le aseguro que a mí me tiene como un reloj! No me deja pasar una, porque ella está siempre al cabo de todo lo que sucede en Santiago; así es que ha educado a nuestra hija, que da gusto. Ya se ve, la muchacha tiene un memorió, que es para dejar pasmado, cuando uno la oye recitar una novela de Alejandro Dumas.

Faustino.— ¡Ah, señor! Anoche fue Dorotea la reina del baile.

Victoriana.— ¿No es verdad, señor, que parece una verdadera santiaguina? Perdónele a un padre esta franqueza. Quiero tanto a mi hija!

Faustino.— Esos sentimientos honran a Ud. y a toda su familia, señor. (Aparte Es un viejo original.)

Victoriano.— Sí, amigo mío, todos mis esfuerzos se cifran en mantener a la debida altura la honra y el tono de mi familia; y desde soy municipal, he tratado de poner mi casa bajo el pie que corresponde a la dignidad que invisto, como dice mi mujer.

Faustino.— Hace Ud, muy bien.

Victoriano.— Verdad es que me cuesta algunos pesitos al año; pero la Ruperta no es mujer que se mida en gastos cuando se trata de seguir la moda; y desde que hago parte del municipio de este pueblo, puedo decir a Ud... pero aquí vienen ellas.

Escena IX. (Doña Ruperta, don Victoriano, Dorotea, Faustino)

Ruperta.— Señor Faustino, ¡cuan dichosa soy de ver a ud. en esta casa!

Faustino.— Mayor es mi dicha, señora, en poder presentar a Uds. mis respetos...

Dorotea.— Mil gracias, señor. (Aparte: ¡Que elegancia!)

Faustino.— Me he apresurado a venir, porque, como, por desgracia mía, sólo puedo permanecer hasta mañana en esta encantadora ciudad.

Dorotea.— ¡Ah!

Ruperta.— ¿Tan pronto se vuelve Ud. a Santiago? ¡Ya se ve! Este pueblo no presenta aliciente...

Faustino.— ¡Qué dice Ud., señora! Aquí no echa nada de menos un viajero de la capital. (Aparte: Casi me han muerto de hambre en eso que llaman hotel.) Belleza, gracias femeniles, sociedad escogida, todo, todo se encuentra en este pueblo, que con mucha justicia merece el nombre de Santiaguito. (Aparte: No hay más que alabarle su pueblo a los provincianos.)

Victoriano.— Eso mismo digo yo; pero hay aquí gentes enemigas del señor gobernador, que por el gusto de hacer oposición al gobierno —que es un gusto que yo no entiendo— no cesan de vociferar por esas calles que el pueblo no adelanta; y cierran los ojos para no ver cuánto hacemos los municipales. Mire Ud.: desde que soy cabildante, que hará como trece años, se ha gastado, sólo en componer veredas, más de 200 pesos largos.

Ruperta.— Son gentes rojas esas que hablan y sólo por envidia lo hacen.

Victoriano.— Así es. No hay vereda de las de los municipales que no esté arreglada; y sólo cuando llueve mucho no más suele cortarse el tráfico en alguna.

Ruperta.— De aquí nace la envidia; y como ven que en todas las elecciones gana siempre la lista en que se halla Victoriano.

Victoriano.— Es decir, la del gobierno; porque ha de saber Ud. que el Ministerio ha tenido siempre a bien el que represente los intereses de esta localidad.

Faustino.— Esto no prueba sino la honorabilidad de Ud.

Ruperta.— Y también que esta Municipalidad es como la de Santiago, es decir, formada de las personas más respetables.

Victoriano.— No todas por desgracia, pues los rojos consiguieron meter uno de los suyos este año; y allí tenemos que sufrir aquel hombre, que se lleva dale que le darás, oponiéndose a todo. ¡Y luego quieren que un pueblo adelante! Mire Ud.: anoche tuvimos una sesión muy acalorada; y desde que soy municipal no he visto nada parecido.

Faustino.— ¿Y sobre qué asunto se trató?

Victoriano.— Sobre la reja que había de rodear el jardín que pensamos poner en la plaza.

Dorotea.— ¡Ah! ¿Vamos a tener jardín como en Santiago?

Victoriano.— Sí, hija. Comenzamos a discutir sobre si se pondría o no la tal reja. El rojo se opuso, diciendo que la Municipalidad estaba pobre.

Ruperta.— Pero, ¿no le dijiste que en Santiago. .

Victoriano.— ¡Vaya si se lo dije! Les ganamos la votación. Luego volvieron a dividirse los pareceres. El rojo opinaba por que la reja fuese de madera, fundándose siempre en la pobreza del municipio.

Victoriano.— Sí, hija mía, tendremos todo eso, una vez que la ilustre Municipalidad encuentre un prestamista que facilite el dinero.

Dorotea.— ¡Pero, papá! ¿A qué esperar eso del prestamista para hacer el jardín?

Victoriano.— Qué dices, niña

Dorotea.— Que hagan primeramente el jardín y después arreglarán el asunto del prestamista, o qué sé yo.

Ruperta.— (Aparte y dando con la rodilla a Dorotea). Calla.

Escena X. (Dichos, Inés)

Inés.— (A don Victoriano). Un caballero que lo aguarda en su cuarto necesita hablar urgentemente con Ud.

Victoriano.— Debe ser de la Municipalidad. Estas cuestiones del jardín nos tienen a todos revueltos en este pueblo. No me dejan descansar. ¡Y luego dicen los rojos que no hacemos nada! Dile, Inés, que me espere.

Faustino.— (A doña Ruperta). Yo creía que Ud. no tenía sino una sola hija.

Ruperta.— (A media voz). Así es, señor, esta muchacha...

Faustino.— Es una preciosa niña.

Ruperta.— (En el mismo tono). Es una sobrina de mi marido a quien he recogido por caridad.

Victoriano.— Dispénsame, señor don Faustino; un asunto importante me obliga a separarme de Ud.

Faustino.— ¡Oh, mi señor, don Victoriano! Cumpla Ud. con los sagrados deberes de su dignidad concejil; yo estoy muy lejos de querer privar a la patria de sus importantes servicios.

Ruperta.— (Aparte a Inés). ¿Quién es el caballero que espera?

Inés.— (Aparte a doña Ruperto). Silverio.

Ruperta.— Está bien. Vete de aquí

Victoriano.— Queda Ud en su casa, señor don Faustino.

Faustino.— Mil gracias.

Victoriano.— Y en cuanto a lo del arriendo, haremos negocio. (Bajando la voz) Basta que Ud. sea como yo de los elegidos por el supremo gobierno. ¿Está Ud.?

Faustino.— Sí, señor mío. Comprendo y le agradezco a Ud. porque el pueblo me ha gustado, y veo que adelanta con pasos

Victoriano.— ¡Oh! Sí, señor: de gigante...

Faustino.— En razón a que sus intereses locales están a cargo de una municipalidad tan escogida.

Victoriano.— ¿Qué quiere Ud.? escogida por el supremo gobierno, que tiene el don de elegir a su gusto.

Faustino.— Un pueblo que sigue en todo huellas de la capital.

Victoriano.— ¡Por supuesto! Y seguiremos con paso de gigante esas huellas, mientras el gobierno siga las gigantescas huellas de... del gobierno, ¿me explico?

Faustino.— Perfectamente, y confío en que Ud...

Victoriano.— Yo seré siempre un amigo dispuesto a servirle con todos mis posibles, no sólo en esta casa sino en la Municipalidad. Cuento con mi fundo.

Ruperta.— (Hace imperiosamente una seña a Inés para que se retire). (Vanse Inés y don Victoriano.)

Escena XI. (Faustino, doña Ruperta y Dorotea)

Faustino.— ¡Qué caballero tan cumplido! Parece criado en Santiago.

Ruperta.— Y, sin embargo, no ha estado jamás en la capital.

Dorotea.— (Aparte: ¡Qué visita tan inoportuna ¡a de Silverio! Ahora lo aborrezco).

Faustino.— Pero yo sé el secreto.

Dorotea.— No lo crea, señor. Ese mozo que ha venido a ver a mi papá es un...

Ruperta.— (Aparte). ¡Calla, niña!

Faustino.— Digo que yo sé por qué don Victoriano, sin haber estado jamás en la capital, posee esas maneras tan elegantes.

Ruperta.— ¿Por qué?

Faustino.— Porque ha vivido a su lado, señora.

Ruperta.— Favor que Ud. me hace, señor. Verdad es que conozco la alta sociedad, y trato que mi familia se imponga de los usos y maneras sociales.

Dorotea.— En cuanto a eso, yo puedo estar orgullosa de mi mamá. No deja nunca de enseñarme los usos sociales; y ya sé cómo se va a los bailes, cómo se hacen los pasos, cómo debe una niña conducirse en la Filarmónica, y en fin, todas las maneras de la alta sociedad.

Faustino.— Por eso decía yo que don Victoriano ha vivido aquí como en la capital.

Dorotea.— El nombre de las calles, las plazas, todo me lo ha enseñado mi mamá; así es que puedo pasearme con la imaginación por todo Santiago. Pero como ella no ha visto, después de transformado, el cerro de Santa Lucía, nada ha podido decirme... Dicen que Vicuña Mackenna lo ha puesto muy lindo.

Faustino.— ¡Ah, señorita! El intendente de Santiago es un verdadero mago, que con su varita de virtud ha escrito sobre aquellas rocas la palabra buen gusto, convirtiendo aquel montón informe en un grupo de cristales, obeliscos, pirámides, agujas, rampas, explanadas y escaleras. Hoy ruedan vehículos por donde ayer sólo volaban los pájaros. Las cumbres del histórico cerro se han alegrado al sentirse oprimidas por el diminuto pie de las hermosas. El arte ha ido allí a auxiliar a la naturaleza; y auxiliado también por ella misma, ha convertido las rocas en estatuas; las ha hecho hablar con el murmullo de las aguas, que aparecen por entre sus grietas corriendo, ondulando o despeñándose en espumosas y chispeantes cascadas, y las ha engalanado con árboles, flores y arbustos de mil colores y formas.

Dorotea.— Ah, mamá! ¡Qué cosa tan encantadora! Yo daría cuanto tengo por ver tanta belleza. ¿Por qué la Municipalidad no hará también aquí un cerro de Santa Lucía?

Ruperta.— Yo se lo diré a tu padre, y él hablará en el cabildo sobre el particular.

Faustino.— Este pueblo, siguiendo como hasta ahora los pasos de la capital, una vez que tenga un cerrito, por pequeño que sea, se convertirá en un verdadero paraíso.

Dorotea.— ¿Lo cree usted así, señor?

Faustino.— Sí, señorita; y aun creo que, sin necesidad del cerrito, merece, desde luego, el nombre de paraíso una ciudad como ésta, en donde hay tantos ángeles.

Dorotea.— ¡Ah!

Faustino.— Pido a ustedes permiso para retirarme.

Ruperta.— ¡Tan pronto!

Dorotea.— ¡Cuando apenas ha comenzado Ud. la visita!

Ruperta.— Ruégole que no sea ésta la última vez.

Faustino.— No tiene para qué rogarme una cosa que yo tan ardientemente deseo. Señora, beso a usted la mano. Señorita, a los pies de Ud. (Vase.)

Escena XII. (Dichos, menos Faustino)

Dorotea.— (Abrazando a doña Ruperta). ¡Mamá, mamá! ¡Este hombre... este... hombre!

Ruperta.— Cálmate, niña, porque no es bueno que una muchacha sea así tan impresionable, tan sentimental, tan...

Dorotea.— ¡Pero, mamá, por Dios! Este hombre es el único con quien puedo ser feliz. Anoche soñé con él...

Mamá. ¿Quiere que le diga una cosa? Como usted me ha dicho que una hija no debe ocultarle nada a su madre

Ruperta.— Dime, ¿qué cosa es?

Dorotea.— Que me casaría con él ahora mismo, para que me llevase a Santiago.

Ruperta.— ¡Qué niña de tanta sensibilidad! ¡Cálmate, Dorotea...! Pero ¿de qué me admiro si yo era lo mismo que ella, cuando tenía su edad?

Dorotea.— Y cuando estuviéramos en Santiago, nos pasearíamos en vehículo por “donde ayer volaban los pájaros”. ¿Se fijó usted en eso que dijo?
Ruperta.— Sí, me acuerdo; pero no te presiones tanto.
Dorotea.— Es que temo...
Ruperta.— Ten confianza, porque te miraba con unos ojos que... yo tengo experiencia se muy bien lo que aquellas miradas querían decir.
Dorotea.— ¡Pero se va! ¡Se va!
Ruperta.— Si él es fino, ha de volver, querida mía.

Escena XIII. (Doña Ruperta, Dorotea, Victoriano)

Victoriano.— ¿Sabes lo que ha pasado, Ruperta? -
Ruperta.— ¡Habla, hombre!
Victoriano.— Es el caso que después de haber hablado con Silverio sobre su matrimonio con Dorotea...
Dorotea.— ¡Ah, papá!
Victoriano.— Que el muchacho desea realizar pronto...
Dorotea.— ¡Papá! ¡Papá mío! ¡Ud. no querrá ver muerta a su hija!
Victoriano.— ¿Qué significa esto, Dorotea? Ruperta— Calla, niña; y tú, Victoriano, prosigue.
Victoriano.— Prosigo. Pues, señor, cuando yo salía de mi cuarto me encontré con don Faustino, quien, sin más acá ni más allá, me pidió la mano de Dorotea.
Dorotea.— ¿Y Ud. qué le contestó, papá?
Victoriano.— ¿Qué había de responderle, sino que tenía mi palabra empeñada y que acababa de hablar con tu novio?
Dorotea.— ¡Ah, yo me muero! (Se desmaya.) Ruperta.— ¡Padre desnaturalizado! Has muerto a tu hija!
Victoriano.— ¿Yo desnaturalizado? No entiendo, Dorotea, ¿qué tienes?
Dorotea.— ¡Papá desnaturalizado, Ud. ha muerto a su hija!
Victoriano.— Explícame, Ruperta, qué significa esto.
Ruperta.— Esto significa que Dorotea no quiere casarse con Silverio.
Victoriano.— ¿Por qué razón?
Ruperta.— Porque ama a Faustino. Victoriano.— ¡Ah! yo no sabía... Ruperta.— Por eso te he dicho que jamás tomes una determinación seria sin consultarme.
Victoriano.— Pero mujer, ¿qué necesidad tenía de consultarte ahora, cuando sé que hemos de cumplir la palabra que le hemos dado a don Manuel, de casar a Dorotea con su hijo Silverio, y sobrino tuyo?
Ruperta.— Pues entre mi sobrino y el diputado, prefiero el diputado.
Dorotea.— Y yo también.
Victoriano.— ¿Y la palabra que tenemos empeñada?
Ruperta.— ¿Qué sabes tú de palabras, hombre sin educación? ¿No ves lo que sufre tu hija?
Victoriano.— Pero, Ruperta, yo no sé. . . -
Ruperta.— ¿Quieres enseñarme a mí cómo se conduce la gente ilustrada en casos semejantes? ¿Te parece que en Santiago respetan estúpidamente una palabra dada, cuando se trata del establecimiento de una hija, hombre sin corazón?
Victoriano.— Pero, Ruperta, si yo no tengo corazón, tengo honradez y mis padres me han enseñado...
Ruperta.— ¿Y qué sabían tus padres, pobres provincianos que jamás divisaron la Plaza de Armas? Corre al momento a deshacer lo que has hecho, no te detengas. Ve y dile que has reflexionado mejor, y que prefieres que él sea el esposo de nuestra hija.
Victoriano.— (Empujado por doña Ruperta va a salir y vuelve). Lo peor es que, por esta negativa mía, se ha deshecho un negocio que teníamos palabreado.
Ruperta.— ¿Qué negocio es ése?
Victoriano.— Has de saber que don Faustino me quería arrendar mi fundo de la Rinconada; y esta mañana hablamos largamente sobre el particular. Sólo nos faltaba convenir en el canon cuando este incidente ha venido a entorpecer el negocio.
Ruperta.— Razón de más para ir a desdecirte de tu negativa.
Victoriano.— Yo creo que él la ha recibido muy mal.
Ruperta.— ¡Razón de más, Victoriano! Victoriano.— Y que desea casarse con Dorotea tanto como arrendar el fundo.
Ruperta.— Razón de más, razón de más, hombre de Dios! Toma tu sombrero antes que la cosa se enfríe y no pierdas tiempo.
Victoriano.— Pues siendo así, voy al momento.
Ruperta.— Y no le pidas muy caro por el arriendo, porque al fin y al cabo todo quedará en casa. (Vase don Victoriano.)

Escena XIV. (Dichos menos don Victoriano, después Inés)

Ruperta.— ¿No te lo decía, Dorotea? ¡Aquellas miraditas indicaban algo!
Dorotea.— ¡Ah, mamá! No me cabe el corazón en el pecho. ¿Qué pasos son esos?
Inés.— (Mirando por la ventana hacia el patio exterior). Es Silverio que viene...
Dorotea.— ¡Jesús! ¡Qué hombre tan mal cerrado! No sabe llegar nunca a tiempo. ¡Lo aborrezco! Vámonos, mamá!
Ruperta.— Vámonos, hija mía. Pero ten calma.
Dorotea.— No, no, mamá, lo aborrezco.

Escena XV. (Inés, Silverio)

Silverio.— Inés, creí haber oído hablar aquí a mi tía.
Inés.— Acaba de retirarse; voy a llamarla.

Silverio.— Gracias, querida prima, por haber adivinado mis deseos.

Inés.— (Aparte: ¡Pobre Silverio! ¡Qué golpe tan cruel va a sufrir! ¡Y tan digno de ser amado!)

Escena XVI. (Silverio)

Silverio.— (Dejándose caer e un sillón). Aguardaré aquí... Yo quiero que ella me explique su conducta de anoche.

ACTO SEGUNDO

Escena 1.

Silverio.— (Paseándose agitadamente a lo largo de la sala). No sé qué pensar de la conducta de mi tía pues no parece sino que trata de huir de mí, según ha sido su prisa en retirarse de aquí. Porque si ella no me vio, Inés debió decirle que era yo quien venía a visitarla. ¿Y Dorotea? ¿Qué motivo he podido darle para que se condujera como lo hizo conmigo anoche en el baile? Sólo tenía miradas para el héroe de la fiesta -y no pude conseguir que bailase una sola vez conmigo. Cuando llegué ya estaba comprometida para todos los bailes con el tal don Faustino.

Escena II. (Silverio, Inés)

Silverio.— Dime, Inés, ¿por qué me hace esperar tanto mi tía? ¿Qué ha sucedido? ¿Se ha enfermado ella? O bien Dorotea...

Inés.— No, Silverio; ambas gozan de perfecta salud; pero tu tía me ha encargado decirte.

(Aparte: No sé cómo darle este recado).

Silverio.— ¿Qué te ha dicho mi tía?

Inés.— Que no saldrá a recibirte.

Silverio.— ¿Por qué razón?

Inés.— No me ha dicho la causa sino solamente que tú, como persona que has estudiado en Santiago, debes sacar las consecuencias de esta negativa.

Silverio.— ¿Qué significa esta conducta? ¿Acaso he cometido alguna falta que me haga merecedor de tal desprecio? ¿Y Dorotea?

Inés.— Dorotea me encargó que te dijese lo mismo.

Silverio.— ¡Gran Dios! ¡Aquí hay algo que yo no comprendo, algún chisme, sin duda. . porque no puedo persuadirme de que Dorotea haya olvidado, sin motivo alguno, sus protestas de amor. .. Dime, Inés, ¿me aprecias?

Inés.— (Conmovida). ¿Yo? ¿Y cómo pudiera no apreciarte, Silverio?

Silverio.— Gracias, Inés. Tú eres buena, prima mía, y no dudo de que tu corazón de ángel sabrá comprender mi dolor.

Inés.— (Aparte: ¡Mi corazón! Si supiera él lo que mi pobre corazón sufre).

Silverio.— Querida Inés, dime: ¿qué le has oído decir a mi tía o a Dorotea de mí?

Inés.— ¿Yo? Nada... (Aparte: ¿cómo he de tener fuerzas para decirle?).

Silverio.— Pero es preciso, Inés, que esta acción de mi tía tenga alguna causa. Es preciso que Dorotea tenga algún motivo serio para romper conmigo. Los vínculos formados por el amor de seis años no se cortan en un día. Sin embargo, Dorotea se ha conducido conmigo, en el baile de anoche, como si yo fuera indigno de su cariño. ¿Por qué esta mudanza tan repentina? No puedo creer que sea causada por un nuevo amor, porque esto sería insultar a Dorotea, ¡Dime, Inés, por Dios, si sabes que alguien haya venido a calumniarme ante ella!

Inés.— No es eso, Silverio.

Silverio.— ¡Ah, Inés! Dices que no es eso; luego tú sabes el motivo de tan repentino desvío. ¡Ah! Dímelo, Inés, por lo que más quieras. ¡Hazme saber la causa de mi desdicha, tú que hasta ahora has sido la más querida de mis amigas!

Inés.— (Aparte: Corazón mío, no me vendas). Antes de contestarte, dime, Silverio, si podrás dejar de amar a Dorotea.

Silverio.— ¿Y por qué me preguntas eso? Aun cuando pretendiera olvidar este amor que ha constituido la dicha de mi corazón y la única aspiración de mi alma.

Inés.— (Aparte: ¡Cuánto la ama!).

Silverio.— Aun cuando lo pretendiera, Inés, yo no podría dejar de pensar en Dorotea.

Inés.— (Aparte: ¡Dios mío! ¡Dame fuerzas para cumplir con mi deber!). ¿Ni aun cuando vieras que ella ama a otro?

Silverio.— ¿A otro? ¿Eso es? ¿Y tú, Inés, que pretendes ser mi verdadera -amiga, me das una noticia que me causará la muerte? ¡Ella ama a otro!

Inés.— Oye, Silverio; cálmate. Esto no es más que una suposición...

Silverio.— ¿Amar ella a otro? ¿Y desde cuándo? Ayer me juraba un amor eterno..., pero ese hombre la ha seducido con engañosas palabras. Yo debí haberlo comprendido anoche. . -; Inés, querida amiga mía, ¡dime a quién ama Dorotea!

Inés.— No lo sé, Silverio. (Aparte: Y sin embargo me sería tan fácil dividirlos).

Silverio.— Tienes razón, Inés, para estar enfadada conmigo. Perdóname: he sido injusto, contigo, Inés, pero ya sabes el lugar que ocupas en mi corazón. Es imposible hablar contigo sin quererte.

Inés.— (Aparte: ¡Ah, si yo-no viera en sus palabras otra cosa que el reflejo de su amor por otra mujer!).

Silverio.— ¿Qué tienes, Inés? ¿Por qué no me contestas? ¡Tú estás enferma!

Inés.— (Apoyándose en una de las sillas.) ¿Yo? No es nada.. . El calor de esta pieza.

Silverio.— ¡Feliz tú, amiga mía, que no conoces este dolor de verse despreciado por quien uno ama!

Inés.— (Aparte: ¡Ojalá no lo conociera!).

Silverio.— Lo que he oído me basta para

comprender mi desdicha; pero quiero oír pronuncia(mi sentencia por la boca misma de Dorotea. Voy a hablar con mi tía. (Se encamina hacia la puerta de la derecha, a tiempo que don Victoriano aparece por la puerta del fondo.)

Escena III. (Dichos, don Victoriano)

Victoriano.— (En la puerta). ¡Ruperta! ¡Negocio hecho! El hombre se avino a todo... ¡Ah, Silverio! Se me había olvidado...

Silverio.— Aquí me tiene Ud., señor, para recordarle lo que acabamos de hablar ahora poco rato...

Victoriano.— (Aparte: ¡En buena me he metido!) ¿Qué es lo que quieres, Silverio?

Silverio.— Que me diga el porqué he merecido el desprecio de ustedes.

Victoriano.— ¡Hombre! ¡Si yo no te he despreciado jamás! Eres el hijo de mi buen cuñado Manuel, ¿cómo he de despreciar yo a un tan buen muchacho como tú?

Silverio.— No obstante, mi tía acaba de enviarme un recado que importa una verdadera despedida de su casa.

Victoriano.— Cosas de tu tía, hombre; pero yo no...

Silverio.— Como Ud. es el jefe de la familia...

Victoriano.— ¿Quién puede dudarlo?

Silverio.— Por eso quiero que Ud. me explique esta acción de mi tía.

Victoriano.— ¿Explicarte yo las acciones de la Ruperta, hombre? Te confieso verdaderamente que, aun cuando yo soy el jefe de la familia, casi siempre me quedo en ayunas de lo que tu tía hace. Ella tiene sus reglas para todo. Y tú que has vivido en Santiago debes entenderlas mejor que yo. Pero si no las entiendes, ella te las explicará de pe a pa. (Se encamina hacia la puerta de la derecha.) ¡Ruperta! ¡Ruperta! (Aparte: Esta mujer me suele meter en unos pantanos...) ¡Ruperta!

Escena IV. (Don Victoriano, doña Ruperta, Inés; Silverio)

Ruperta.— ¿Qué gritos son éstos, Victoriano? ¿Es ésa la manera como debe conducirse una persona educada, que ocupa un rango en la edilidad de este pueblo?

Victoriano.— Perdóname, Ruperta. Hay veces que grito como si estuviera en el campo, porque se me olvida que soy cabildante. Pero aquí está Silverio, que quiere pedirte explicaciones.

Ruperta.— ¿Y qué desea que yo le explique el señor don Silverio?

Silverio.— Aunque ahora no merezca el título de sobrino, con que siempre me ha honrado Ud., quisiera saber por qué me ha enviado con Inés ese descortés recado.

Ruperta.— Y de qué te sirve, Silverio, haber estado ocho años en Santiago, si no comprendes lo que te hemos querido significar?

Victoriano.— Eso mismo le he dicho yo. Debiera haberlo comprendido al momento, y no venir a que yo le explicase las acciones de mi mujer.

Silverio.— Si esto es una broma, tía, le aseguro que es de mal gusto; y si es de veras...

Ruperta.— Pero mira, niño, ¿no echas de ver que cuando la madre de una novia no quiere recibir al novio, es como si le dijera qué se da por terminado aquel noviazgo?

Silverio.— ¿Conque esto es lo que Ud. me ha querido decir?

Victoriano.— Eso mismo, hombre. ¿No te decía que ella te lo había de explicar en un santiamén?

Silverio.— Sin embargo, como éste es un asunto que sólo Dorotea debe decidir, espero oír de su propia boca el no que Ud. me ha querido significar.

Ruperta.— Ya que así lo quieres, yo misma iré a buscar a mi hija; sin embargo, creo que debieras ahorrarnos este modo grosero de darte calabazas.

Victoriano.— (Aparte: a doña Ruperta, mientras ésta va a salir por la puerta derecha). Dile a la niña que el hombre ha pasado por todo, y que se ha llevado el arriendo baratito. (Vase doña Ruperta.)

Escena V. (Dichos, menos doña Ruperta)

Silverio.— Señor tío, si yo no hubiera sido testigo de esta vergonzosa escena, no la creería; y no entiendo cómo es que...

Victoriano.— Pues, hombre, a mí me pasa lo mismo; casi nunca entiendo estas cosas sino después que la Ruperta me [as ha explicado.

Silverio.— ¿Qué le contestará Ud. a mi padre, cuando le venga a exigir el cumplimiento de su palabra empeñada?

Victoriano.— ¿Entonces crees tú que yo tengo obligación de cumplir...?

Silverio.— ¡Pues no ha de tenerla! Todo hombre debe...

Victoriano.— Ya sé que el hombre lo es por su palabra y el buey por el asta; pero, advierte que yo soy un hombre de dignidad concejil, un cabildante de los elegidos por el gobierno y por consiguiente puedo faltar sin menoscabo de mi honor...

Silverio.— ¿Qué dice Ud.?

Victoriano.— Es tu tía quien lo dice; y cuando ella lo dice, bien sabido se lo tendrá.

Silverio.— Al contrario, señor; por lo mismo que es Ud. un hombre de dignidad, está más obligado a cumplir lo que promete.

Victoriano.— ¡Así me salen volviendo loco! Pero aquí viene ya Ruperta...

Escena VI. (Don Victoriano, doña Ruperta, Inés, Dorotea, Silverio)

Victoriano.— Este es un embolismo que no entiendo, Ruperta. Por un lado me dices tú que puedo faltar honorablemente a mis compromisos con Manuel, porque soy cabildante del gobierno; y por otro me dice Silverio, que no puedo por la misma razón. Ustedes dos han vivido en Santiago. ¿A quién debo creerle? ¿O bien se usa en la capital dar una misma razón para probar el pro y el contra?

Ruperta.— Calla la boca. Victoriano, y tú, Silverio, oye a Dorotea.

Silverio.— Dorotea, para creer lo que mi tía me ha dicho, necesito oírlo de tu propia boca.

Dorotea.— Ya que tú lo exiges, Silverio, te diré que no puedo ser tu esposa.

Silverio.— Pues bien, Dorotea, ya que así lo quiere mi fatal destino, tendré que renunciar a la dicha de vivir contigo. Adiós, ingrata. Me voy a morir lejos de aquí.

Inés.— ¡Ah! (vase Silverio.)

Escena VII. (Dichos, menos Silverio)

Victoriano.— ¡Ruperta! Eres un prodigio para salir bien de los trances apurados! Ven acá y te contaré cómo arreglamos el negocio. Ya la escritura de arriendo se está redactando. (Vase con doña Ruperta.)

Escena VIII. (Inés, Dorotea)

Inés.— No te vayas, Dorotea; ven. Permítele a tu prima y amiga que te pregunte, ¿has pensado maduramente lo que has hecho?

Dorotea.— ¿Qué llamas tú pensar maduramente?

Inés.— Digo si has reflexionado con detención sobre lo que acabas de hacer. Considera que desechas un amante, cuyas buenas cualidades te son conocidas por otro a quien sólo conoces de nombre. Nada te diré de tus compromisos, ni de tus juramentos de amor que te tenían atada a tu futuro esposo. Sólo te ruego, Dorotea, que reflexiones un momento. Silverio te ama; y tú lo sabes muy bien. ¿Crees que ese otro pretendiente puede amarte como él, después de saber que tú has faltado a tus compromisos?

Dorotea.— ¿Y a qué viene este sermón?

Inés.— Esto no es un sermón, sino advertencias de amiga. Todavía puedes deshacer el mal que has hecho.

Dorotea.— ¿Cómo?

Inés.— Llamando a Silverio. ¡El te... ama!

Dorotea.— ¿Y qué me importa que Silverio me ame, cuando yo amo al otro?

Inés.— Pero si ese otro, Dorotea, es un... ¡Vaya! ¡Te digo que no puede amarte, prima mía!

Dorotea.— ¿Cómo te atreves a decir eso?, sabe que me ama más que a su propia vida. ¡Pero ya caigo!

Inés.— ¿Qué dices?

Dorotea.— Quiero decir que tu verdadero interés es que quede libre Faustino Quintalegre.

Inés.— ¿Yo?, ¿estás loca?

Dorotea.— Lo he conocido desde las primeras miradas que le lanzaste; pero no seas insensata, Inés; no mires tan alto, que eso se queda para los que tenemos mejor posición social. Guarda tus consejos para otra más necia que tú. (Vase.)

Escena IX. (Inés)

Inés.— ¡Más necia que yo! Tiene razón Dorotea. Ha sido una necesidad de mi parte el pretender que marche por el camino de la razón. Si estuviera para reír me reiría, ¡pero mi pobre corazón late de dolor en estos momentos! La dicha de Silverio es mi propia dicha; y aun cuando su unión con Dorotea abra un abismo entre nosotros, quiero verlo feliz al lado de la mujer que ama. . . y, sin embargo, esta idea me punza el corazón sin poderlo remediar. . . ¡Gracias, Dios mío, por haberme dado fuerzas para cumplir con el deber que me he impuesto, de ocultar este amor que forma mi mayor delicia y mi más cruel martirio!

Escena X. (Inés, Silverio)

Silverio.— (Saliendo precipitadamente por la puerta de la izquierda). ¡Inés querida! ¡Eres un ángel!

Inés.— ¡Silverio! ¿Qué haces? ¡Dios mío!

Silverio.— ¡Deja, Inés, que te abrace de rodillas; deja que bese tus plantas; déjame pedirte perdón por no haber sabido adivinar que me amabas!

Inés.— ¿Qué dices?

Silverio.— Cálmate, Inés. Cuando salí de aquí, hace poco, entré, en esa pieza por el corredor. (Mostrando hacia la izquierda.) Lo he oído todo desde ahí.

Inés.— ¡Gran Dios! ¡Me he vendido!

Silverio.— No, Inés, tú te has dado a conocer. ¡Bendita sea la hora en que te he conocido, ángel de la bondad! Tú abogabas por mí, contra tus más ardientes deseos; y ahogando tus lágrimas que caían como una lluvia de espinas sobre tu corazón, no te acordabas sino de mi felicidad. ¿Cómo he podido verte sin amarte? He sido un loco, Inés; un loco que corría fascinado tras una luz fosfórica, sin reparar en la amorosa luz de tus ojos. ¡No te diré ahora que te amo, Inés querida! Tú no me lo creerías, porque aún resuenan en este lugar palabras de amor dirigidas a otra mujer. (Vase.)

Escena XI. (Inés)

Inés.— ¡Ah, vuelve, vuelve! ¡Si te creo, Silverio! Pero, ¿qué es lo que digo? ¡Insensata de mí! ¿No pueden sus palabras ser hijas de la gratitud antes que del amor? Yo sé que él no ha de querer engañarme al decir que me ama. Pero, ¿cómo he de creer que me ama cuando acabo de ser testigo de sus palabras de amor dirigidas a Dorotea? Y yo, que siento en mí la conciencia de poder hacer su felicidad, ¿he de dejarlo hundirse en la desgracia sin tenderle una mano, que sabrá mejor que ninguna otra enjugarse sus lágrimas? Sí, seré al fin feliz amándolo, ante todo el mundo, yo que he tenido que ocultar este amor durante tantos años de martirio! Mas ¡oh, Dios mío! estoy delirando. (Llora.)

Escena XII. (Doña Ruperta, Inés)

Ruperta.— Inés, ¿por qué lloras?

Inés.— ¿Yo tía? No...

Ruperta.— En balde tratas de ocultármelo: Dorotea me o ha dicho todo.

Inés.— ¿Y qué te ha dicho mi prima?

Ruperta.— ¿Tu prima? ¡Siempre luciendo el parentesco! Pero mejor sería que trataras de merecerlo, imitando a Dorotea. ¿Crees tú que con ser pariente de una persona encumbrada se gana algo, si una no hace nada para elevarse a esa altura? Aun cuando tu seas prima de tu prima, ella será siempre la primera y tú la segunda: no ¡O olvides.

Inés.— ¡Ojalá pudiera olvidar, tía, los malos tratamientos que no merezco!

Ruperta.— ¿Y todavía te crees más merecedora? Después de que te tenemos en casa y te damos un abrigo, a la sombra de nuestra familia y te elevamos a nuestra altura, y te pone nos en contacto con nuestra escogida sociedad, después de hacer tanto por ti, ¿vienes a decirme en mi cara que te crees más merecedora? Eres una ingrata. y presuntuosa. pues sólo a tu atrevimiento le es dado pensar en el amor de Faustino.

Inés.— ¿Yo, tía? ¿Yo?

Ruperta.— ¡Sí, sobrina, tú, tú! No debieras ver sino los favores que has recibido en esta casa, para no arrebatarte su amante a Dorotea.

Inés.— ¡Si no pienso en tal cosa, tía de mi alma!

Ruperta.— Y aunque lo pensaras, convéncete de que eso es una locura. ¿Crees poder con mi hija, porque tienes esa carita de muñeca inglesa? No, Inés; tú estás muy lejos de poseer las distinguidas maneras de tu prima; y esto es lo que, más estiman los mozos de Santiago, como Faustino. También estás tú muy distante de poseer la rica dote de mi hija, y no creas que esto es lo que los mozos de Santiago estiman menos.

Inés.— Tía, de una vez por todas le diré a Ud. que yo no me estimo en tan poco para que desee casarme con ése caballero.

Ruperta.— ¿No digo yo, pues? ¿Acaso piensas casarte con un príncipe?

Escena XIII. (Dichos, don Victoriano)

Victoriano.— Así es, Inés; con un príncipe, no. Créele a tu tía, porque ella dice siempre lo justo.

Inés.— ¡Ah, tío mío! Ud. es bueno, y no puedo dejar de hallar un apoyo en su corazón. (1o abraza.) ¿En dónde lo buscaré sino en el hermano de mi madre? (hora.)

Victoriano.— ¡No llores, Inés, hija mía! Dime, Ruperta, ¿qué le estabas diciendo a esta pobrecita...?

Ruperta.— Le estaba enseñando los usos sociales...

Victoriano.— Consuélate, Inés: esto no es sino que tu tía te estaba enseñando los usos sociales.

Inés.— Yo no quiero un maestro que sea mi verdugo. Acuértese, tío, de que mi madre, al morir, me dejó encargada a su cariño.

Victoriano.— Dices bien. ¡Pobre hermana mía! Mira, Ruperta, enséñale a Inés los usos sociales; pero no a modo de verdugo.

Ruperta.— ¿Yo verdugo? ¡Y te atreves a decirlo, Victoriano!

Victoriano.— Yo no me atrevo mujer; lo que yo digo es...

Ruperta.— Debieras ver que esta muchacha criada en los campos, tiene todos los resabios de una provinciana; y si ha de vivir con nosotros, es preciso que bote el pelo de la dehesa.

Victoriano.— Eso es lo mismo que yo digo. Mira, Inés, es preciso que se te quiten esos resabios, y que botes el pelo de la. . ¿cómo dijiste, Ruperta?

Ruperta.— Oigo pasos. .. El es, sin duda. (A Inés). Vete para adentro y dile a tu prima que salga al salón.

Victoriano.— Tal vez será el escribano, que viene con la escritura para que yo la firme. (Asomándose a la puerta del fondo.) ¡Ah, no! Es Manuel.

Escena XIV. (Doña Ruperta, don Victoriano, don Manuel)

Manuel.— Sí, Victoriano, yo soy, que vengo a preguntarte, desde cuándo...

Victoriano.— Pregúntale a la Ruperta, Manuel. Yo no sé desde cuándo...

Manuel.— Digo, ¿desde cuándo has dejado de ser hombre?

Victoriano.— ¿Yo he dejado de ser hombre? Pregúntaselo a la Ruperta...

Ruperta.— Déjalo hablar, Victoriano.

Manuel.— No eres hombre desde que olvidas tus compromisos, Victoriano.

Victoriano.— ¡Ah!

Manuel.— ¿Qué delito ha cometido mi hijo Silverio para que Uds. le nieguen la mano de Dorotea? Tú has olvidado tu palabra empeñada; mi hermana Ruperta ha llegado a desconocer los vínculos de sangre, y el amor de Dorotea se ha convertido en odio. Ahí me encontré en la calle con el pobre muchacho, que iba huyendo de esta casa como un loco. ¿Por qué han alimentado Uds. las esperanzas de mi hijo si al fin habían de cometer con él tan negra felonía? ¿Es así como se conduce una familia honorable? ¿Piensa de este modo alcanzar Dorotea fama de mujer honesta y prudente? Y tú, Victoriano, díme si tus padres te enseñaron a ser honrado faltando a tu palabra.

Victoriano.— (Aparte: Esto es lo que sucede por creer siempre a mi mujer). Mira, Ruperta: bastantes veces te repetí que no nos era dado faltar a nuestros antiguos compromisos.

Ruperta.— Calla Victoriano; y tú, Manuel. óyeme. En primer lugar, no debes admirarte de que Victoriano te falte a su palabra, pues según los usos admitidos en toda sociedad culta, el padre no puede obligar a su hija a que dé su mano a quien no ama, sin ser un tirano.

Victoriano.— Ya ves, Manuel, que yo no puedo tiranizar a Dorotea.

Manuel.— Yo no pretendo que la tiranices, sino que ejerzan Uds. sobre ella la influencia de padres, para que la muchacha no haga disparates. Y si no, díganme, ¿qué han hecho Uds. para disuadirla de su locura?

Victoriano.— (Aparte: Aquí sí que tiene razón Manuel). Es verdad, Ruperta, que hemos andado un poco ligeros en...

Ruperta.— ¿Te callarás al fin? Cuando se trata de la felicidad de los hijos, toda prontitud es tardanza. ¿Querrías tú que por andar mirando en detalles dejáramos escapar la oportunidad de establecer ventajosamente a nuestra hija?

Victoriano.— Es evidente, Manuel. ¿Cómo habíamos de dejar escapar esta oportunidad?

Manuel.— No comprendo.

Victoriano.— Aun cuando no entiendas, hombre, créele a la Ruperta, pues nadie sabe más que ella en esto de las oportunidades.

Ruperta.— Ahora, por lo que toca al cambio de Dorotea, bien echarás de ver, Manuel, que una niña de tan exquisita sensibilidad y criada en tanto regalo, está expuesta a sufrir repentinos trastornos en su corazón.

Victoriano.— (Aparte: ¡Esta mujer es el diablo, Dios me perdone! Tiene razones para todo). Sí; Manuel, convéncete de que éstas son cosas que pasan en Santiago todos los días.

Manuel.— ¡Bonita razón! ¿Y qué me importa a mí que en Santiago obren así? ¿No es sino que nosotros los provincianos hemos de ser lo mismo que los monos, para andar a la santiaguina, comer, hablar y casar a nuestros hijos a la santiaguina? ¿No somos acá cristianos de 25 arriba para que necesitemos ver cómo saludan, cómo bostezan y cómo estornudan allá en ¡a capital! ¿Qué te parece, Victoriano? ¿Somos acaso unos niños de teta para no conocer los pies que nos cargan? ¿Por qué hemos de convertirnos en títeres para que los santiaguinos jueguen con nosotros?

Victoriano.— ¡Eso sí que no! Todo podemos ser, pero no títeres. ¿No te parece, Ruperta?

Ruperta.— Lo que me parece es que tú debes oír y callar.

Victoriano.— (Aparte: Esta mujer quiere que yo viva oyendo y callando).

Ruperta.— Dime, Manuel, ¿qué cosa más puesta en razón que imitar en todo y por todo a nuestra capital, que es nuestro centro de civilización, de riqueza y de buen gusto?

Victoriano.— (Aparte: Está de Dios que esta mujer tenga razón siempre). Ya ves, Manuel, que Santiago es nuestro centro.

Manuel.— De todo lo bueno y de todo lo malo. Por eso digo que debemos imitar en aquello que Dios manda, así como ellos nos deben imitar a nosotros, en lo poco o mucho que tengamos de razonable.

Victoriano.— En cuanto a eso, es claro que Santiago nos debe imitar.

Ruperta.— ¿Estas loco, Victoriano? ¿Cómo puedes dejarte convencer por tales razones?

Victoriano.— No se te dé nada, Ruperta; aun cuando Manuel me convenza 20 veces... ¡Mi voto será siempre tuyo!

Manuel.— Pero después de todo yo quisiera saber cuál es el novio por quien Dorotea desprecia a mi hijo.

Ruperta.— El novio es nada menos que...

Victoriano.— Déjame, Ruperta, que esto me toca responderlo a mí, y tú, Manuel, nos hallarás razón cuando sepas que el novio que pretende a Dorotea es nada menos que nuestro diputado.

Ruperta.— Y vas a conocerlo porque aquí viene.

Escena XV. (Dichos, Faustino y el Escribano)

(La escena se divide en dos grupos; hacia la izquierda don Victoriano y don Manuel habían en voz baja; y hacia la derecha se ponen doña Ruperta, Faustino y el Escribano a conferenciar sobre el arreglo de la escritura indicada en el diálogo).

Faustino.— Señora, a los pies de Ud.... Señor don Victoriano, aquí trae el señor Escribano la escritura hecha, para que Ud. la lea y la firme.

Ruperta.— Pase Ud. para acá, señor Quinta- legre. Aquí leeremos la escritura en comité.

Victoriano.— Dices bien, Ruperta; yo la leeré después. (Se vuelve a donde está don Manuel)

Manuel.— ¿Conque este pájaro es nuestro diputado?

Victoriano.— Sí, hombre; pero no creas que es un diputado de esos que bota la ola; sino todo un diputado de los de buena ley, de los elegidos por el supremo gobierno.

Manuel.— ¡Así será él!

Victoriano.— Un diputado, hombre, de esos que no pierden votación jamás, porque nunca dejan de tener razón: ahí tienes al que va a ser mi yerno.

Manuel.— Buena pro te haga, Victoriano. Ya tenía yo noticias de tal pajarraco.

Ruperta.— Aquí falta una coma, señor escribano, mire Ud.: ¡esta palabra debe escribirse con letra mayúscula!

Victoriano.— Mira, Manuel, ¡qué mujer tan sabia es tu hermana, no se le escapan ni las comas, y es capaz de enseñar a escribir al mismo escribano!

Manuel.— ¿Qué escritura es ésa?

Victoriano.— Voy a contarte. (Hablan en voz baja.)

Ruperta.— Estos dos puntos, deben ser punto y coma.

Escribano.— Lo pondremos así, señora. (Toma la pluma y escribe.)

Ruperta.— Sí, señor escribano, es preciso cuidar mucho la puntuación, mire que yo he visto en Santiago pleitos ruidosísimos ocasionados por un punto y coma, ¿no es verdad, señor Quintalegre?

Faustino.— ¿Y cómo podría dejar de serlo diciéndolo Ud., señora mía?

Victoriano.— ¡Pero hombre de Dios! ¿Por qué te parece mal este caballero? Cuando yo te digo que es de los elegidos por el gobierno y siendo así, claro es que no será una rana.

Ruperta.— Vea, señor escribano; agregue Ud. esta clausulita que acabo de redactar.

Escribano.— Muy bien, señora. (Escribe, mirando el papel que le ha pasado doña Ruperta.)

Faustino.— (Aparte: ¿Y es permitido agregar cláusula a la escritura, sin consultarme? ¿Qué sería, si ya fuese mi suegra? Pero no lo será, gracias a Dios).

Victoriano.— ¿Te parece que el gobierno es tonto, para que no sepa elegir de lo mejor? Ya ves tú que yo también soy Municipal de los elegidos por la gubernatura.

Manuel.— (Aparte: Quiero conocer de cerca esta buena alhaja). Mira, Victoriano, será bueno que me presentes a él, porque al fin y al fallo, ha de ser mi sobrino político.

Victoriano.— ¡Ah!, ya sabía yo que al cabo te habías de dar a la razón. (Se acerca al otro grupo.) ¿Está ya en punto de firmar señor escribano?

Escribano.— En dos minutos más, señor. Victoriano.— (Aparte a doña Ruperta). Oye, mujer, he convencido a Manuel. Quiere amistarse con nuestro yerno, es preciso que se lo presentes con todas las formalidades de estilo.

Ruperta.— (Aparte a don Victoriano). Muy bien, dije a Manuel que se acerque.

Victoriano.— (Aparte a don Manuel). Ven acá, Manuel; Ruperta te presentará; yo no he podido acertar jamás en esto de las presentaciones.

Ruperta.— Señor Quintalegre, tengo el honor de presentarle a mi hermano Manuel, tío de Dorotea.

Faustino.— Tanto la cualidad de hermano de Ud., señora, como la de tío de Doroteíta, son más que suficientes motivos para que el señor don Manuel encuentre siempre en mí un amigo de corazón y un servidor decidido.

Manuel.— Mil gracias, señor. Ojalá alcance a merecer con mi sincera amistad el honor de la suya. Porque siendo Ud. el diputado elegido por este departamento..

Victoriano.— No, Manuel! Mucho más que eso todavía. ¡Ya te he dicho que el señor es elegido por el ministerio!

Manuel.— ¡Bah! ¿Por acaso el ministerio es el encargado de elegir por nosotros?

Victoriano.— ¡Qué hombre éste tan sin experiencia del mundo! No es el Ministro, sino el señor gobernador .el encargado de elegir nuestros diputados.

Manuel.— ¡Ah, dices bien!

Victoriano.— (Aparte: a Faustino). Dispénsele señor, estas inocentadas al pobre Manuel. Es un hombre de provincia, que no está al corriente de los usos de Santiago.

Manuel.— Sin duda que ha merecido Ud. representarnos en el Congreso, por el mucho conocimiento que tendrá de nuestro Departamento.

Faustino.— Es la primera vez que vengo aquí, señor. —

Victoriano.— ¿Y qué necesidad tiene el señor Quintalegre de trajinar por todo el Departamento, para conocerlo de punta a cabo? ¿No ves que este caballero es de a capital, que es donde está el centro, como dice la Ruperta, el centro de. . . el centro en una palabra?

Manuel.— Sin embargo, como es preciso conocer prácticamente nuestras localidades, para.

Ruperta.— Sabe, Manuel, que una persona educada en Santiago conoce por la geografía las provincias mucho mejor que todos los provincianos juntos. -

Manuel.— Pero yo quisiera saber cómo una persona que no ha pisado nuestro D'epartamento puede conocer nuestras necesidades locales. -

Victoriano.— ¡Qué cabeza! Las conoce por la geografía, pue, hombre! No parece sino que fueras rojo, por las inocentadas que dices.

Faustino.— Pero ya es tiempo de firmar, don Victoriano.

Escribano.— La escritura sólo espera la firma.

Victoriano.— ¡Pues entonces, mano a la obra! ¡Tome Ud. la pluma, señor don Faustino!

Faustino.— Sírvase Ud. firmar primero, señor mío.

Manuel.— Y Dorotea? ¿En dónde está mi sobrina? ¿No sería bueno, Ruperta, que viniera a presenciar este acto?

Ruperta.— Dices bien, hermano mío. (Se acerca a la puerta de la derecha) ¡Dorotea! ¡Dorotea!

Escena XVI. (Don Victoriano, don Manuel, doña Ruperta, Faustino, Dorotea y Escribano)

Faustino.— (A Dorotea) Soy muy feliz, señorita, con haber tenido el placer de verla a Ud. dos veces en este día. (Habla en voz baja con Dorotea.)

Ruperta.— (Sujetando de un brazo a don Victoriano, para que no se acerque a Faustino). ¡Déjalos que hablen un rato a solas, hombre de Dios!

Victoriano.— (Aparte a doña Ruperta). Y será bien visto, Ruperta, que sin estar casados todavía.

Ruperta.— (Aparte). ¡No seas tonto! Déjate de esas antiguallas.

Victoriano.— ¡Bueno! ¡Bueno! Traiga la pluma, señor escribano, para estampar mi firma.

(Toma la pluma y se prepara a firmar). Yo necesito de tiempo para esto de firmar.

Manuel.— (Aparte a doña Ruperta). Mira, Ruperta, yo creo que el diputadito no desea tanto casarse con Dorotea como obtener el arriendo barato.

Ruperta.— (Aparte a don Manuel). ¿Qué no desea casarse, cuando está que se le hace agua la boca por la muchacha?

Manuel.— (Idem). Pues observa cómo se va a poner pálido con lo que voy a decir. (A don Victoriano.) No firmes todavía, Víctoriano.

Victoriano.— ¿Qué no firme cuando llevo más de la mitad del nombre puesto?

Manuel.— Es que quiero hacerte presente una cosa, como también al señor Quintalegre.

Faustino.— ¿Qué cosa, señor don Manuel?

Manuel.— Es el caso que como Victoriano le compró esa hacienda a don Pedro Camus, el cual acaba de quebrar en Concepción.

Victoriano.— ¿Y qué tiene que ver la quiebra de don Pedro Camus con esta firma, que ya tengo medio trabajada? Es cierto que le compré la hacienda a don Pedro, y por más señas, se la pagué en onzas de oro. Si él ha quebrado, peor para sus acreedores. -

Manuel.— Pero sabe que Camus te vendió una estancia que no le pertenecía.

Faustino.— ¿Cómo es eso?

Victoriano.— No te entiendo, Manuel.

Manuel.— Pues voy a explicártelo: la hacienda de La Rinconada fue legada, ahora setenta años, por su dueño, al convento de San Francisco; pero, habiéndose extraviado el testamento, pasó el fundo de mano en mano, hasta llegar a poder de don Pedro. Ahora ha aparecido el dicho testamento, que yo he visto por mis propios ojos; y el síndico del convento piensa ponerle pleito. Yo les hago esta advertencia para que después no haya entre ustedes tropiezo alguno. La buena fe antes de todo.

Victoriano.— ¿Pero será verdad?

Manuel.— Para que veas que es cierto el caso, voy a pedirle al síndico ciertos papeles que p ponen de manifiesto.

Ruperta.— ¡Ve, Manuel; corre hermano mío! ¿Cómo es que no sabíamos esto?

Manuel.— Voy corriendo: en un cuarto de hora estoy de vuelta. (Vase.)

Escena XVII (Dichos, menos Manuel)

Escribano.— Si ello es verdad, como debemos creerlo, desde que el señor Manuel lo ha dicho, paréceme, señores, que ustedes no deben firmar, hasta no examinar bien esos documentos.

Ruperta.— Así es, señor Escribano. Puede usted retirarse; y en cuanto veamos esos papeles...

Escribano.— Con el permiso de ustedes, mis señores. (Vase,)

Escena XVIII. (Don Victoriano, doña Ruperta,

Faustino, Dorotea)

Ruperta.— (Aparte: Creo que Manuel tiene razón: Faustino se ha impresionado más de lo que debiera). Ya que hemos quedado solos y como en familia, voy a decirle a Ud. una cosa, señor Quintalegre.

Faustino.— Hable Ud., señora, que nuestro deber es oír.

Victoriano.— Sí, ése es nuestro deber. (Aparte: Y callar, además, como dice la Ruperta).

Ruperta.— Ya mi marido me ha hablado del honor que Ud. nos hace en pretender a mano de nuestra hija.

Faustino.— Señora, cuente Ud. con mi eterna gratitud por haber consentido en mi felicidad..

Dorotea.— (Aparte a Faustino). Y, sin embargo, Ud. me ha dejado con la palabra en la boca, cuando habló mi tío.

Faustino.— ¡Ah! Perdone Ud., Doroteíta...

Ruperta.— Calla, niña, Ud., señor don Faustino, sepa que hemos convenido con Victoriano, desde algunos años atrás, en dar nuestra estancia de La Rinconada al esposo de Dorotea para que trabaje en ella.

Victoriano.— (Aparte: No me acuerdo de ese convenio, pero. .

Ruperta.— Ahora, ya sea verdad o no la noticia que nos ha dado Manuel, debemos comenzar por...

Faustino.— ¿Por firmar la escritura?

Ruperta.— ¡No, no!

Faustino.— Es que, si no hubiera nada que temer de ese testamento, podríamos arreglar primero el negocio del arriendo y después.

Dorotea.— ¿Esa es la fuerza de su amor, señor mío?

Faustino.— Adorada Dorotea, si pienso antes en el arriendo que en nuestra unión es por darte una mayor prueba de mi cariño. ¿No ves, hermosa mía, que si comenzara por casarme, podía alguien decir que me había casado contigo por obtener la estancia? Prefiero el que digan que arriendo el fundo, con el fin de acercarme a tu hermosura.

Ruperta.— A pesar de eso, señor Quintalegre, no hemos de faltar a lo 'convenido con mi esposo, que está presente.

Victoriano.— Sí, señor! Así lo hemos convenido. Y como Ud. no debe ignorarlo, cuando marido y mujer convienen en una cosa, es preciso...

Ruperta.— Primeramente se casará Ud. y después recibirá la hacienda pues yo creo que la noticia de Manuel es falsa.

Victoriano.— (Aparte: ¡Ahora sí que entiendo! La Ruperta teme... ¡Esta mujer vale un Perú!).

Ruperta.— (A Faustino). Ud tiene un cuarto de hora para resolverse. Luego llegará Manuel, y veremos qué crédito merecen sus noticias. Sírvase Ud. aguardarnos aquí mientras tanto.

Victoriano.— Hasta luego, señor don Faustino. (Aparte a doña Ruperta al salir por la puerta de la derecha.) ¡Ah, Ruperta! Tú sabes más que Salomón. (Vanse.)

Escena XIX. (Faustino)

Faustino.— ¡Y se van! ¡Pues, señor, estoy en capilla!

ACTO TERCERO

Escena I. (Faustino)

Faustino.— Pero, ¿quién había de imaginarse que estos provincianos fuesen capaces de adivinar mis intenciones? Pero, ¿cómo dejar escapar este negocio? Si no estuviera de por medio a señora suegra, nada me costaría llevar del cabestro a don Victoriano... Y luego este otro viejo de don Manuel, que ha venido a echar bolas a la raya. De todos modos, seguiremos la farsa, y lo que suene, sonará. Puede ser que don Victoriano caiga en el garlito, a pesar de su maliciosa mujer. . . Lo importante es seguir enamorando a Dorotea, y su amor me servirá de anzuelo para coger este suspirado arriendo. - ¡Oh, farsa, farsa! Tú eres la reina del 'mundo y dictas la ley al vulgo de la gentes. Si la farsa de mi popularidad me ha dado un asiento en el Congreso, ¿por qué la farsa de mi amor no me ha de proporcionar un arriendo productivo? (Saca el reloj.) Pero ya se ha pasado casi el doble del tiempo, y doña Ruperta no viene... Estos provincianos andan siempre con el reloj atrasado.

Escena II. (Faustino, don Victoriano, doña Ruperta)

Ruperta.— Señor Quintalegre, ¿ha reflexionado Ud. sobre lo que le conviene hacer?

Victoriano.— ¿Ha reflexionado Ud.?

Faustino.— Sí, señor; yo he tomado mi partido. No firmaré la escritura de arriendo.

Victoriano.— ¿Por qué?

Ruperta.— Renuncia Ud. a la mano de nuestra hija?

Faustino.— ¡Ah, señora! No diga Ud. eso. ¿Cómo ha de renunciar el hambriento al sabroso manjar que se le presenta? ¿Cómo no ha de querer el ciego la luz para sus ojos? ¿Cómo...?

Ruperta.— Y entonces, ¿por qué renuncia Ud...?

Victoriano.— Sí, señor, ¿por qué renuncia?

Faustino.— Doroteíta es la luz de mi corazón, el delicioso manjar de mis apetitos, el abrigo de mi corazón, el delicioso néctar de mi sed.

Victoriano.— Pues, arriende Ud. La Rinconada y tendrá néctar y abrigo, y.

Faustino.— No señor; he pensado seriamente en este asunto. Si Uds. no están arrepentidos, si Dorotea sigue correspondiendo a mi amor, seré su esposo, pero no puedo obligarme a tomar la estancia en arriendo, ni cosa parecida.

Victoriano.— Lo siento, señor, porque, como yo estoy ya viejo, quería separarme de los trabajos del campo, y darle la estancia al marido de mi hija, por un canon bajo.

Faustino.— Pero es el caso, señor, que yo no soy hecho para vivir en el campo; y si Dorotea quiere seguirme a Santiago

Ruperta.— Lo seguiré, amigo mío; lo seguiré a Ud. hasta el mismo París y Londres, si quiere, porque no hay niña más dócil y condescendiente que mi hija.

Faustino.— Pues, entonces, ponga en conocimiento de su preciosa hija mi última resolución.

Ruperta.— Así lo haré; pero como esta muchacha es tan sentimental, no extraño que desee a realización.

Faustino.— ¿Del dulce vínculo? Hoy mismo, si Uds. quieren.

Victoriano.— ¿Hoy? Pero si no se ha arreglado nada todavía.

Faustino.— Entonces mañana u otro día...

Ruperta.— Mientras más pronto se hagan estas cosas, tanto menos sufre el honor de las niñas.

Victoriano.— ¿Y será bien visto, mujer, que así tan de repente...?

Ruperta.— Si tú supieras lo al vapor que se arreglan en Santiago los asuntos amorosos. Allá en los antiguos todo era traba para el sagrado nudo; pero hoy se ata con todas las facilidades que el siglo XIX presenta. ¿No le parece a Ud., amigo Quintalegre?

Faustino.— Sí, señora; estoy dispuesto para que hoy mismo el señor cura me dé el derecho de llamarme hijo de Ud. Ahora permítame ir a disponerme como conviene.

Ruperta.— Muy bien. Vaya Ud., hijo mío, y Dorotea cumplirá con su deber como niña sumisa.

Faustino.— (Aparte: Pero, ¿cómo me llevo al viejo a la escribanía?).

Ruperta.— Tú, Victoriano, debes ir al momento a decirle al cura que deseo hablar con él.

Faustino.— (A don Victoriano). ¿Sale Ud.? Pues tendré el gusto de andar un trecho con mi señor suegro,

Victoriano.— ¡Que me place! Vamos amigo mío. (Vanse.)

Escena III (Doña Ruperta)

Ruperta.— ¡Se hará hoy mismo! A mí me gusta la actividad de estos asuntos.

Escena IV. (Doña Ruperta, Dorotea)

Dorotea.— (Llorando). ¡Mamá, mamá! Estoy muerta.

Ruperta.— ¡Ah, niña! ¿Qué tienes?

Dorotea.— ¡Mamá de mi vida! No sé cómo decirle lo que he visto. ¡Soy muy desgraciada!

Ruperta.— Pero, ¿me dirás al fin qué significa ese llanto?

Dorotea.— Este llanto significa que yo soy muy infeliz. . . lo he visto por mis propios ojos.

Ruperta.— ¿Qué has visto, por Dios?

Dorotea.— Voy a decirle: ha de saber que por la ventana del cuarto de mi papá estaba ahora hablando Inés con el traidor de Silverio.

Ruperta.— ¿Inés?

Dorotea.— Ella era. ¡La vi con estos dos ojos! En la calle estaba Silverio. . . Es un desleal, un traidor. . . ¡y después de haberme jurado que no amaría sino a su Dorotea! Estoy segura que le juraba a Inés un amor eterno. Lo aborrezco, mamá, lo aborrezco... ¡Y crea Ud. en el amor de los hombres! (Llora.) ¡Ah, soy muy. . . de graciadaaaa!

Ruperta.— ¡Qué muchacha tan sentimental! Cálmate, niña, y acuérdate sólo de tu nuevo y único amor.

Dorotea.— ¿Faustino?

Ruperta.— Sí, porque está dispuesto a ser tu esposo, cuando tú lo determines.

Dorotea.— ¡Ah, no mamá, no, por Dios. . . Si he de decirte la verdad, Faustino ha comenzado ya a disgustarme.

-Ruperta.— ¿Tan pronto, y cuando aún no te has casado con él?

Dorotea.— Yo no sé lo que me pasa, mamá. ¡Soy muy desgraciada! Desde que he sido testigo de la falsía de Silverio ya no me acuerdo de Faustino. . . Y luego que éste es un descortés. . .

Ruperta.— ¿Por qué dices eso, niña cuando Quintalegre es la cortesía personificada?

Dorotea.— Mire Ud.: cuando él salió de aquí con mi papá, yo estaba, en la esquina del corredor. . . El me vio, sin duda, pero pasó de largo sin saludarme.

Ruperta.— No te vería.

Dorotea.— Pues, mal hecho que no me haya visto, cuando yo me puse allí para que me viera al pasar. ¡Jamás me había sucedido esto con un hombre!

Ruperta.— Perdónale, Dorotea, esa pequeña distracción, que cuando sea tu marido...

Dorotea.— Las hará mayores. Ud. misma me ha dicho que los hombres comienzan por pequeñas distracciones y concluyen con distracciones mayores... Ud. puede perdonarlo pero no yo, que voy a casarme con él. Una y otra vez tosí para llamarle la atención; pero él pasó como si tal cosa; y sólo tenía palabras para mi papá.

Ruperta.— ¿Qué le decía a Victoriano?

Dorotea.— Le hablaba del arriendo de La Rinconada.

Ruperta.— ¡Ah! Quién sabe si ha llevado Victoriano a la escribanía...

Dorotea.— Le aseguro, mamá, que ahora siento haber despedido a Silverio,

Ruperta.— Y como mi pobre Victoriano es un bendito, habrá firmado la escritura.

Dorotea.— ¡Ah, mamá! Ud. no me comprende.

Ruperta.— Sí, te comprendo, hija; pero...

Dorotea.— ¡Yo quiero hablar con Silverio!

Ruperta.— ¿Para qué?

Dorotea.— Para echarle en cara su falsía. Es menester que Ud. reprenda a Inés. Ambos se han estado burlando de las dos durante todo este tiempo. (Se asoma a la puerta de la derecha.) ¡Inés! ¡Inés!

Escena V. (Dichos, Inés)

Inés.— Aquí estoy, Dorotea.

Dorotea.— Mi mamá quiere preguntarte sobre qué hablabas con Silverio por la ventana.

Inés.— No sé con qué derecho puede hacerse una pregunta que envuelve una verdadera reconvencción.

Ruperta.— ¿Te has olvidado, Inés, de que yo, como la señora de la casa, tengo el derecho y aun el deber de velar sobre tus acciones? ¿Crees que he de consentir nada contra el decoro...?

Inés.— Yo no he cometido, tía, ninguna acción indecorosa.

Ruperta.— ¿Y te parece honesta la conducta de una muchacha soltera, que se pone a platicar por las ventanas con los mozos que pasan por la calle?

Inés.— Yo no sé por qué en mí es malo lo mismo que he visto muchas veces hacer a mi prima, sin que nadie le dijera una palabra.

Ruperta.— Es que Dorotea lo hacía con mi permiso...

Dorotea.— Porque Silverio era mi novio.

Inés.— Pues, entonces, yo no he hecho mal en hablar con Silverio por la ventana.

Ruperta.— ¿Qué dices?

Inés.— Porque Silverio es mi novio.

Dorotea.— ¡Ah, y te atreves a decirlo!

Ruperta.— ¡Desvergonzada!

Inés.— Como no es ningún delito...

Dorotea.— ¡Embustero, infiel! Me engañaba...

Inés.— Eres injusta, Dorotea, Silverio te amaba...

Dorotea.— Y me ama todavía... ¿Entiendes? ¡Me ama!

Inés.— Creo que no, Dorotea.

Ruperta.— ¡Qué atrevimiento!

Dorotea.— Tan segura estás del amor de tu Silverio? Pues, yo te juro que no te casarás con él. ¡Mamá! Yo quiero ver a Silverio. Envíelo a buscar al momento... Yo quiero echarle en cara su deslealtad... Quiero que me diga si es a mí a quien ha amado... Quiero ver qué cara pone el fementido...

Inés.— Cálmate, Dorotea; yo misma enviaré a llamar a Silverio.

Dorotea.— ¡Retírate de mí, alma de Caín! Me arrepiento de haberte llamado prima hasta el presente. - ¡Mamá, mamá de mi corazón, yo me muerdo! (Cae desmayada.)

Ruperta.— (Sosteniendo a Dorotea). ¡Mira tu obra, malvada!

Inés.— (Rociando con agua a Dorotea). Yo no tengo nada que reprocharme, tía.

Ruperta.— ¡Nada! ¿Así fue la educación que recibiste? ¡Ah, si tú hubieras sido criada y educada, como mi hija, por una madre severa y cristiana!

Inés.— (Con viveza). ¡Señora! Hasta aquí he sufrido sus insultos, porque yo solo era el objeto de ellos; pero desde que Ud. se atreve a insultar la memoria de mi madre...

Ruperta.— ¿Qué dices?

Inés.— ¡Si hay algún nombre que no se puede pronunciar sin veneración, es el de mi santa madre! Adiós, señora, y tú, Dorotea, adiós. (Se encamina hacia la puerta del fondo.)

Dorotea.— ¡Deténgala, mamá! ¡Mire que se va a la casa de mi tío Manuel!

Ruperta.— Te prohíbo que salgas de aquí!

Inés.— Te engañas, Dorotea. Yo voy a ver a mi tío Victoriano, para rogarle que me busque una casa en donde vivir; porque en ésta no puedo estar ni una hora más. Prefiero servir de criada en cualquiera otra casa del pueblo. (A tiempo de salir Inés, aparecen en la puerta don Manuel y don Victoriano.)

Escena VI. (Don Victoriano, don Manuel, Doña Ruperta, Dorotea, Inés)

Victoriano.— ¡Ruperta! ¡Sabes lo que me ha pasado, mujer! ¡Ja, ja ja! ¿Por qué lloras, Dorotea? Manuel les contará el caso. Y tú, Inés, ¿qué tienes? Si es para reír, ¡ja, ja, ja!

Ruperta.— Tanto hablar para no decir nada. ¿Qué ha sido eso, Manuel?

Manuel.— Voy a decirte. Cuando yo me volvía, después de haber hablado con el síndico.

Victoriano.— Figúrate, Ruperta, que como posee este don Faustino el don de la palabra, me llevaba sumamente entretenido, por esa calle abajo, cuando al enfrentar a la oficina del escribano, me propuso entrar a descansar. Entramos y, sin saber cómo, me vi con la escritura enfrente.

Ruperta.— ¡Lo decía yo! Y firmaste?

Victoriano.— Alcancé a concluir y reteñir bien el nombre y a comenzar el apellido, pero a ese tiempo entró Manuel y... ¡ja, ja, a! Cuéntales tú, hombre, la cosa.

Manuel.— Afortunadamente entré yo, y al ver a Victoriano escribiendo le pregunté: estás firmando esa escritura, hombre de Dios? ¿No echas de ver a lo que te expones, realizando tan de repente este contrato?

Victoriano.— Estas palabras me recordaron el compromiso que tenemos con a Ruperta, y volví atrás al momento... Quiero decir que no pasé adelante, que es lo que yo llamo volver atrás; y la firma quedó hasta poco más allá de la mayúscula del apellido.

Ruperta.— ¡Pero, hombre de Dios! Cuando te encargué expresamente que no firmases!

Victoriano.— Así fue: confieso mi pecado; pero como el diputadito es de los que se entran por el ojo de una aguja, no extrañes que casi me haya hecho caer en el garlito.

Ruperta.— Mala espina me da e! tal diputado. Dorotea.— ¿Por qué, mamá? Ruperta.— Porque me juró que no se interesaba por el arriendo, y ahora veo que me ha engañado.

Dorotea.— Sí, cumplirá o mismo todos sus juramentos..

Victoriano.— ¡Eso sí que no! ¡ES un hombre de pro, como de los escogidos por el gobierno para representarnos!

Manuel.— Hombre de pro, dices, ¿y olvida su palabra por hacer el negocio?

Victoriano.— ¡Vaya, Manuel, que eres inocente! ¿Te parece que porque el gobierno nos ha elegido- hemos de dejar de hacer nuestros negocios? -

Ruperta.— Calla, Victoriano. Y tú, Manuel, ¿traes ese testamento?

Manuel.— No pude ver al síndico, pero luego hablaré con él. Voy a buscarlo a casa de una amiga, en donde yo sé que se halla.

Dorotea.— Tío, no se vaya usted todavía.

Victoriano.— Yo voy a verme con el señor cura.

Ruperta.— Tú no saldrás en todo el día de aquí, Victoriano.

Victoriano.— ¿Y por qué razón?

Ruperta.— . . . por el bien de tu hija.

Victoriano.— No comprendo...

Ruperta.— Después lo entenderás.

Victoriano.— ¡Vaya que sea! (Aparte: Siempre vengo a entender después estas cosas.)

Dorotea.— Tío Manuel, yo quiero hablar con Silverio, al momento.

Victoriano.— (Aparte: En la Municipalidad me pasa lo mismo: después de las votaciones es cuando vengo a comprender bien la materia).

Manuel.— ¿Y para qué quieres hablar con mi hijo, Dorotea, después de lo que has hecho con él?

Victoriano.— Lo mismo digo yo.

Dorotea.— He sido dura con mi primo, y yo quisiera desenojarlo.

Manuel.— Pero Silverio no vendrá, mientras vea letra de Dorotea.

Dorotea.— Entonces voy a escribirle. (Se sienta a escribir.)

Victoriano.— ¡Mira, niña, lo que haces! ¿Y si Quintalegre sabe que andas escribiendo cartitas tus antiguos pretendientes?

Ruperta.— Aun cuando lo sepa, ¿qué tiene eso malo? ¿Te parece que Faustino es un hombre sin mundo, para que se aflija por billete más o menos? ¡Un joven de Santiago, de Santiago!

Victoriano.— ¡Ah! ¿Conque así se usa por aquellos mundos?

Ruperta.— Escribe, Dorotea.

Dorotea.— (Entregando un papel plegado a don Manuel). Tío, entregue este papelito a Silverio.

Manuel.— Voy, sobrina mía. (Vase.)

Escena VII (Dichos, menos don Manuel)

Inés.— Ahora, tío, yo tengo que hablar con usted.

Victoriano.— ¿Qué quieres, Inés?

Ruperta.— (A Inés.) ¡Sal de aquí, muchacha sin pudor!

Victoriano.— Vete a mi cuarto, Inés. Yo iré allá luego, y tú me dirás lo que desees.

Inés.— Allí lo espero, tío. (Vase.)

Escena VIII (Don Victoriano, doña Ruperta, Dorotea)

Ruperta.— Qué idea! (Aparte a Dorotea). Ve., niña, al cuarto, y cuando entre Inés, cierra la puerta y tráeme la llave.

Dorotea.— Voy, mamá. (Vase)

Escena IX (Dichos, menos Dorotea)

Victoriano.— Mira, Ruperta: ¿sabes que me está haciendo cosquillas una cosa aquí dentro?

Ruperta.— ¿Qué cosa es ésa?

Victoriano.— Yo también he sido joven, Ruperta, y me acuerdo muy bien de aquellos tiempos, cuando te pretendía.

Ruperta.— ¿Qué quieres decir con eso?

Victoriano.— Que si yo hubiese sabido que tú andabas con esquelitas a otro...

Ruperta.— ¿Todavía no te convences, hombre, de que éstos son usos admitidos en la alta sociedad?

Victoriano.— Sí, estoy convencido.

Ruperta.— Es que una mujer no sabe cuál es el verdadero novio, sino después de puestas las bendiciones

Victoriano.— Eso también es cierto. No había caído en ello!

Ruperta.— Antes de las bendiciones, todos los novios son falsos, y te aseguro que Dorotea ha hecho bien en querer desagaviar a Silverio.

Victoriano.— Pero ahora que la muchacha está a pique de casarse con Quintalegre, ¿qué le importa estar bien o mal con Silverio?

Ruperta.— ¡Importa mucho, hombre! ¿Te parece que una niña bien educada rompe del todo con sus antiguos pretendientes, sólo porque va a casarse con el más moderno? No, Victoriano; esto no es cordura, y te confieso que hemos andado bien imprudentes en echar con cajas destempladas a Silverio. Una niña que estima en algo su porvenir no debe hacer esto con sus amantes, sino tenerlos en suspenso, y como si dijéramos a medio amor o a cuarto de amor, según sus méritos.

Victoriano.— ¡Ya, ya!

Ruperta.— Porque bien puede fallar el que posee el amor entero, y entonces vienen a suplir la falta esas otras fracciones de amor que quedan para las resultas.

Victoriano.— ¿Conque Dorotea quiere ahora desenojar a Silverio para las resultas?

Ruperta.— Eso es.

Escena X (Don Victoriano, doña Ruperta, Dorotea)

Dorotea.— (Aparte a doña Ruperta, entregándole la llave). Aquí está la llave, mamá. La he dejado encerrada.

Ruperta.— Muy bien. (A don Victoriano.) Ahora es preciso que sepas que Inés ha tenido el atrevimiento de decirme en mi cara palabras insultantes.

Victoriano.— ¿Ella? ¡Pero si es una paloma sin hiel la pobrecita!

Ruperta.— Tú no la conoces, Victoriano. Dorotea se ha desmayado al oír a su prima.
 Victoriano.— Es que Dorotea ha adquirido la costumbre de desmayarse por quita allá esas pajas.
 Dorotea.— Ah, papá, Ud. no me ama! Victoriano.— ¿Por qué razón dices eso, Dorotea? ¿Porque no creo en los desmayos de las mujeres?
 Ruperta.— ¡Calla, hombre sin nervios!
 Dorotea.— ¡Ah, papá, si Ud. tuviera mis nervios!
 Ruperta.— Ahora es menester que te convenzas...
 Victoriano.— ¿De que no tengo nervios?
 Ruperta.— De que no debes hablar con Inés.
 Victoriano.— ¡Y se me había olvidado! Voy al cuarto.
 Ruperta.— Es inútil, tengo aquí la llave. Victoriano.— ¿Qué quiere decir eso, Ruperta? Ruperta.— Que la tengo allí encerrada, porque es preciso castigar de algún modo su atrevimiento. -
 Victoriano.— Ruperta, ¿por qué has hecho eso con esa pobre niña?
 Dorotea.— ¡Pobre niña! Papá, Ud. no ama a su hija. Me voy.
 Victoriano.— ¡Qué muchacha! Ven acá, Dorotea: ¡Si te quiero mucho!
 Dorotea.— (Al salir por la puerta de la derecha) No, no! ¡Me voy de aquí! (Vase.)

Escena XI (Dichos, menos Dorotea)

Ruperta.— ¿No ves, Victoriano, de lo que es capaz un hombre desnaturalizado como tú?
 Victoriano.— ¿Yo desnaturalizado? ¿Y por qué?
 Ruperta.— Porque manifiestas interesarte por sobrina, delante de tu hija que como te he dicho es tan nerviosa. . . Pero doblemos esta hoja hablemos de otra cosa.
 Victoriano.— Dices bien, Ruperta. Hablemos de otra cosa;
 Ruperta.— Por supuesto que no has visto al cura.
 Victoriano.— Así ha sido, porque como me sucedió aquello de la oficina..., pero puedo ir al momento.
 Ruperta.— No quisiera dejarte ir solo, Victoriano.
 Victoriano.— ¿Crees que tengo miedo?
 Ruperta.— No, soy yo la que tengo miedo de ti.
 Victoriano.— ¿De cuándo acá has comenzado a tenerme miedo, Ruperta?
 Ruperta.— Quiero decir que temo el que vayas a cometer otro disparate.
 Victoriano.— ¡Acabáramos! Tal vez tienes razón en decir eso, después de lo sucedido. Pero ahora te prometoirme derecho a la parroquia.(Vase.)

Escena XII (Doña Ruperta, Dorotea)

Dorotea.— (Entrando por la puerta de la derecha). ¡Mamá, mamá, qué gusto!
 Ruperta.— ¿Qué hay, niña?
 Dorotea.— Que Silverio me ha contestado. Lea Ud. la carta.
 Ruperta.— (Toma la carta que Dorotea le pasa y lee). “Mil gracias, querida Dorotea, por haberme devuelto tu amor. Pronto estaré contigo, para manifestarte los sentimientos de mi corazón, tan enamorado como sincero”.
 Dorotea.— ¿Qué le parece, mamá? ¿Podrá querer a Inés cuando me dice eso a mí?
 Ruperta.— Silverio sigue amándote, y sería peligroso el que se encontrase aquí con Faustino.
 Dorotea.— Pues eso es lo que yo deseo. ¿No ve Ud. que una vez que Faustino se aperciba del amor que Silverio me tiene se apresurará a.
 Ruperta.— Ya entiendo.
 Dorotea.— Y además, quiero ver aquí a Silverio, para que Inés se convenza de que no ama. Déme la llave, mamá. Voy a dar libertad mi prima, para que venga a leer esta carta
 Ruperta.— No, no; yo iré. (Vase.)

Escena XIII (Dorotea)

Dorotea.— Yo no sé lo que por mí pasa. Yo no quiero casarme con Silverio y sin embargo tengo celos de Inés. ¿Amará por acaso a mi primo? ¡Si amaré tal vez a los dos! ¡Dios mío! ¿Pueden haber dos amores en un solo corazón? Hay aquí un misterio que yo no comprendo. Gran Dios, ¿por qué no nos es dado comprender lo que pasa en nuestro corazón. . . aquí, dentro de nosotros mismos? (Mirando por la puerta del fondo.) Aquí viene mi mamá con Inés.. . Jamás creí que pudiera aborrecer tanto a mi prima!

Escena XIV (Doña Ruperta, Dorotea, Inés)

Inés.— De todos modos, tía, la acción de Dorotea es indigna.
 Ruperta.— ¿No te digo que Dorotea ha hecho esto por orden mía?
 Inés.— Eso no quiere decir otra cosa, tía, sino que hay mujeres que obran a veces como chiquillas.
 Dorotea.— Hablas tan resueltamente, porque te crees amada. (Le pasa la carta de Silverio.) Lee ese papel... y en él verás si es a ti a quien Silverio prefiere.
 Inés.— (Leyendo.) ¡Dios mío! ¿Qué he hecho para merecer este engaño?
 Ruperta.— ¿Qué has hecho? Ser menos digna que tu prima para merecer el amor de mi sobrino.
 Dorotea.— ¡Convéncete, Inés, de que Silverio no puede amar a otra que a mí!
 Inés.— ¡No seas cruel, Dorotea!
 Dorotea.— ¡Sí! ¡A mí! ¡A mí! Yo lo he visto suspirar por mi amor durante años enteros.
 Inés.— ¡Dorotea! ¡Por Dios!
 Dorotea.— Tú has sido testigo de su constancia. ¿Cómo puedes creer que su corazón haya cambiado en dos horas?
 Inés.— ¡Dios mío! ¡Es verdad! (Aparte: ¡Ah, dicha de un momento!)
 Dorotea.— Todo cuanto ha podido decirte es falso.
 Inés.— ¡Por piedad, prima mía! ¡Por piedad! Dorotea.— (Aparte: ¡Estoy vengada). (Vase Inés.)

Escena XV (Doña Ruperta, Faustino, Dorotea)

Faustino.— A los pies de Ud., señora... Y Ud. Doroteíta, permítame estrechar su encantadora mano.

Ruperta.— Tenía deseos de verlo, señor Quintalegre.

Dorotea.— Y yo también.

Faustino.— Oh, eso es para mí una felicidad que casi no me atrevía a esperar!

Rúperta.— Deseaba preguntarle si Ud. me dijo que ya no se interesaba por el arriendo.

Dorotea.— Y que sólo aspiraba a...

Faustino.— ¿A la mano de Ud.? Así o dije.

Dorotea.— Sin embargo Ud. ha pasado cerca de mí sin mirarme.

Faustino.— ¿Eso he hecho? Tal vez porque he tenido la desgracia de no verla.

Dorotea.— El amor verdadero adivina cuando no ve.

Ruperta.— Y además ha tratado Ud. de sorprender a mi marido.

Faustino.— Las apariencias me condenan; pero óigame Ud., señora. Repito ahora lo que dije antes: yo no pretendo entrar en otros negocios que en los de mi corazón, créamelo, Doroteíta. Pero al salir de aquí me acordé de que mi hermano Tristán deseaba venirse a trabajar en una hacienda del sur, y se lo dije a don Victoriano. El entonces aceptó la idea de firmar la escritura, poniendo el nombre de mi hermano, en lugar del mío.

Ruperta.— ¡Ah!

Faustino.— Y cuando estaba el caballero poniendo su firma, entró don Manuel.

Ruperta.— Ya Manuel me ha contado eso.

Faustino.— (Saca un papel del bolsillo.) Aquí tienen Uds. la contestación telegráfica de mi hermano, en la cual me dice que por el correo me enviará su poder para que yo firme por él esta escritura.

Ruperta.— Pero ya sabe Ud. que no pensamos poner la hacienda en otras manos que en las del esposo de Dorotea.

Faustino.— Entonces, me resuelvo a tomar el fundo. El amor de Doroteíta me da valor para esto y mucho más.

Ruperta.— Muy bien. Pronto tendré el placer de poderlo llamar hijo mío.

Dorotea.— (Tapándose la cara con las manos.) ¡Ah, mamá (Aparte: ¿Por qué no llegará Silverio?)

Ruperta.— He mandado buscar al cura; y él nos dirá si puede quedar arreglado el asunto esta noche.

Faustino.— (Aparte: La señora suegra anda al vapor.) Sin embargo, señora, yo quisiera hacer a Ud. una observación.

Ruperta.— Le escucho, amigo mío.

Dorotea.— (Se oye ruido afuera.) (Aparte: ¡Es Silverio!) (Se asoma a la puerta del fondo.) ¡Ah! ¡Es mi papá!

Escena XVI (Dichos, don Victoriano y don Manuel)

Victoriano.— ¿Estaba Ud. aquí, don Faustino?

Fattstino.— Sí, señor.

Victoriano.— Tanto mejor.

Ruperta.— (A don Manuel.) ¿Trajiste esos papeles?

Manuel.— No quiso prestármelos el síndico; y tuvo razón para ello.

Victoriano.— Ya te he dicho, Manuel, que todo eso debe ser ilusión de tus sentidos.

Ruperta.— Pues yo voy creyendo lo mismo. Ruperta.— (Aparte a don Victoriano.) ¿Hablaste con el cura?

Victoriano.— (Aparte a doña Ruperta.) Sí, mujer; y me dijo que todo se arreglaría hoy.

Faustino.— ¿Qué cosa, señor?

Victoriano.— Lo del casorio, pues, amigo. ¡Este párroco es un sacerdote muy activo!

Faustino.— Pues a pesar de mi justa impaciencia, debo prevenir a Uds. que aún no he tenido tiempo de prepararme de una manera conveniente.

Escena XVII Doña Ruperta, Faustino, Victoriano, don Manuel, un receptor. (Con papeles en la mano.)

Victoriano.— (Al receptor.) ¿Qué se le ofrece a Ud.? -

Receptor.— Vengo a darle una notificación al señor don Victoriano Siempreviva.

Victoriano.— Yo soy, ¿Sobre qué es la notificación?

Receptor.— Es una demanda del síndico del convento de San Francisco.

Victoriano.— ¿Sobre mi estancia de La Rinconada?

Receptor.— Creo que sí, señor. Impóngase Ud. de la demanda. (Le pasa los papeles.)

Manuel.— (A Faustino, mientras don Victoria- no y doña Ruperta leen los papeles.) Pues ahora vengo a caer en la razón por qué el síndico me negaba el testamento.

Faustino.— (Aparte ¡Se broceó la minal)

Ruperta.— Mira, Manuel, lo que nos decías era verdad.

ManueL— ¿Y lo dudabas tú? Dorotea.— ¿Qué es eso, mamá?

Ruperta.— ¡Que nos quieren quitar la hacienda, hija mía! Pero sostendremos el pleito.

Victoriano.— (Pasando los papeles a don Manuel,) Yo no entiendo palabra de estas cosas, Manuel.

Manuel.— (Leyenda) La demanda está en regla y se funda en el testamento, cuya copia se acompaña.

Ruperta.— ¡Contestaremos esa demanda! Victoriano.— ¡Voy a yermé con un abogado!

Ruperta.— ¿Para qué necesitamos buscar abogado, cuando podemos decir ya que tenemos uno en la familia?
¿No es verdad, señor Faustino?

Faustino.— Es verdad que soy abogado, pero hace ya tanto tiempo que no defiendo, señora, en cuanto yo vuelva de Santiago.

ManueL— (A Faustino.) ¿Y piensa Ud. marcharse, ahora que sus ilustrados consejos e son tan necesarios a mi cuñado?

Faustino.— Es un asunto urgente, señor.. Manuel.— (Aparte a doña Ruperta). Mira, como el novio se. ha arrepentido porque se le aguló el negocio.

Ruperta.— (Aparte a don Manuel.) Lo he conocido al momento. (Idem a Dorotea.) Antes de que él te desprecie, adelántatele, niña.

Dorotea.— Señor don Faustino, puesto que Ud. tiene necesidad de ir luego a Santiago, le deseamos tanta felicidad por allá, que no se acuerde Ud. ya más de este pueblo.

Faustino.— (Aparte: ¡Gracias a Dios que ella misma me saca del apuro!) Comprendo, señorita. .. Viniendo de Ud., hasta las calabazas son sabrosas.

Ruperta.— Para que Ud. vea que también aquí se saben dar como en Santiago Faustino.— Ahora sólo falta manifestar mi gratitud a Dorotea.

Dorotea.— ¿Su gratitud? ¿Luego Ud. deseaba deshacerse de este compromiso? ¿Cree Ud. que yo estaba tan deseosa de casarme? ¡Pues sepa Ud. que no es el primero a quien desprecio!

Faustino.— ¡Ojalá no sea el último, señorita! Dorotea.— Y advierta que si quisiera casarme, podría hacerlo en este mismo instante. Tío Manuel, ¿por qué no ha venido Silverio?

Escena XVIII (Dichos, silverio, después Inés, acercándose a Silverio sin ser notada)

Silverio.— Aquí estoy, mi querida prima. Estaba ahí en el corredor y dudaba de si debía entrar.

Dorotea.— ¿Y cómo has podido dudar, primo mío, cuando yo misma te he llamado?

Ruperta.— (Aparte a don Victoriano.) ¡Mira si es conveniente tener su novio para las resultas!

Dorotea.— Te he llamado, Silverio, para pedirte que me perdones y para decirte que te amo más que nunca.

Faustino.— (A media voz.) Ah! No me acordaba de que teníamos prinito de por medio.

Silverio.— Nada tenga que perdonarte, Dorotea: Sólo tengo que agradecerte, y en cuanto al cariño de que me hablas, sabré corresponder a él como mereces. -

Inés.— ¡Dios mío!

Dorotea.— Mire Ud., señor Quintalegre, si yo decía la verdad.

Faustino.— ¡Ah, señorita! Hasta en esto se parece este pueblo a la capital.

Ruperta.— Acabemos esto. Sobrino, abraza a tu esposa.

Silverio.— Agradezco a Ud., tía mía, el permiso que me da, y del cual quiero aprovecharme. (Vuélvese hacia Inés y la abraza.) ¡Inés mía!

Inés.— Gracias, Dios mío. (Abraza a Silverio.)

Dorotea.— ¡Traición!

Ruperta.— ¿Estoy soñando?

Faustino.— ¡Caracoles! Esto es aún mejor que en Santiago.

Victoriano.— Pues yo no entiendo palabra de lo que estoy viendo y oyendo.

Manuel.— ¿Qué significa esto, Silverio?

Silverio.— Esto significa, padre mío, que yo amo a Inés con delirio, desde que la coquetería de Dorotea me ha curado hoy de la locura de amarla a ella.

Dorotea.— ¡Ay, yo me muero! ¡Mamá!

Silverio.— Por eso te dije, Dorotea, que no sólo te perdonaba, sino que te agradecía lo que habías hecho conmigo.

Manuel.— ¿Y tú, Inés?

Inés.— Yo, señor, he amado a Silverio desde que tuve la dicha de conocerlo.

Silverio.— Y ha sufrido en silencio seis años de martirio. Hoy mismo la he oído, padre mío, rogar a Dorotea que no me rechazase.

Manuel.— (Abrazando a Inés.) ¡Ven acá, hija mía!

Inés.— ¡Padre mío!

Manuel.— Ámala, Silverio, como ella se merece. Pero, ¿por qué no me abriste tu corazón? Así me habrías ahorrado el tener que hacer una farsa.

Faustino.— ¿Qué farsa es ésa, señor? Manuel.— La de esta demanda y este testamento que he tenido que inventar.

Faustino.— (A don Manuel.) ¿Entonces ¡a historia del testamento es falsa?

Manuel.— No es más que invención mía, como esta demanda.

Faustino.— ¡Ah!

Manuel.— Para que Ud. vea que aquí también sabemos inventar comedias como en Santiago. (Toma los papeles y los hace pedazos y los pone las manos de Faustino.)

Faustino.— (Va a la puerta del fondo.) ¡Pícaros provincianos, me quitaron un negocio de las manos! (Arroja los papeles al viento y vase.)

FIN